

# HORUS

*El año en que el sol tuvo un hermano*



Santiago Tamayo

SANTIAGO TAMAYO

# H O R U S

*El año en que el sol tuvo un hermano*

LIBRO PRIMERO

MUESTRA GRATUITA

*Horus. El año en que el sol tuvo un hermano. Libro primero*

© Santiago Tamayo, 2026

Muestra gratuita: prólogo y primera parte.

Reservados todos los derechos. Esta muestra es gratuita y no puede venderse.

Esta es una obra de ficción. Los personajes y los hechos son producto de la imaginación del autor.

## PRÓLOGO

*En el año en que el sol tuvo un hermano,  
el halcón de oro bajó del cielo por el lado del amanecer.  
Sus alas no se movían. Su voz era un trueno que no  
terminaba.  
Entregó el país del papiro al rey, y después entró en la tierra  
para dormir como duermen los que volverán.*

— Fragmento de papiro, Heliópolis. Traducción de I. Valcárcel, 2058.

Ya sabes cómo termina esto. Lo sabes porque yo lo sé, y yo fui tú, aunque viendo la cara que se me ha quedado te cueste creerlo.

Te escribo sin esperanza de que me leas, que es la única manera honrada de escribir ciertas cosas. He tenido cinco mil años para comprobar que el pasado no se deja enmendar, que lo que se talla en la piedra se queda en la piedra y que los hombres, los de entonces y los de ahora, siguen siendo los mismos: capaces de lo más alto y de lo más ruin, a menudo el mismo día y a veces con las mismas manos. Lo he intentado de todas formas. Más veces de las que me gusta recordar. No me avergüenzo: hay cosas que se hacen aunque se sepa de antemano que no van a servir de nada. A veces son las únicas que merece la pena hacer.

Tú no lo sabes todavía. Cuando pienso en ti, te veo siempre en la misma noche: la víspera del cruce, en Umbral, revisando por cuarta vez la lista del equipo personal. Una mujer de cuarenta y un años que cree que mirar desde lejos es una forma de estar a salvo y que confunde la

distancia con la lucidez. No te lo reprocho. Yo también lo creí. Hace falta mucho tiempo, y mucha sangre ajena, para aprender la diferencia.

No vas a leer esto. Lo sé porque yo nunca lo leí. Así que no es una advertencia, ni un testamento, ni una confesión, aunque tenga algo de las tres cosas. Quizá sea solo un registro: el de lo que ocurrió tal como ocurrió, y no como lo tallaron después quienes tenían interés en tallarlo.

Empecemos por la luz. Todo empezó, como empiezan los dioses, con una luz.

PRIMERA PARTE

# La Anomalía



*r n irt ḥprw m bik n nbw*

*«Fórmula para tomar la forma de un balcón de oro. He  
surgido, he surgido como un gran halcón que sale de su huevo;  
vuelo y me poso como un halcón de cuatro codos, con las alas de  
fina piedra verde.»*

— Libro de los Muertos, capítulo 77. Papiro de Nu, h. 1500 a. C. (Museo Británico).

# 1

## EL CRUCE

Lo primero que recuerdo es que yo no tenía nada que hacer.

Éramos cinco, sujetos a cinco asientos de fibra de carbono por arneses de cinco puntos, y cuatro de nosotros tenían una tarea. Samir Haddad llevaba los mandos, aunque dentro de la garganta pilotar se parecía más a rezar que a volar: la trayectoria estaba calculada al milímetro y su oficio consistía en corregir lo que fallara, si algo fallaba, en las décimas de segundo de que dispone un hombre antes de que las cosas dejen de tener arreglo. Teo Brandt vigilaba los generadores de campo, las placas Casimir que sostenían abierta la garganta con un puñado de energía negativa que nadie, en toda la historia de la especie, había conseguido reunir antes. Henrik Aas vigilaba a Samir, a Teo y al reloj, por ese orden. León Varga vigilaba los números.

Yo los vigilaba a ellos. Era la especialista de a bordo en algo que todavía no existía, porque el lugar al que íbamos aún no había llegado, de modo que hice lo que llevaba haciendo toda la vida. Mirar. Tomar nota. No tocar nada.

—Diez segundos dentro —dijo Henrik—. Nominal.

Por la ventanilla, el universo se había doblado sobre sí mismo. No hay otra manera de decirlo, y he tenido tiempo de sobra para buscarla. Las estrellas no estaban delante ni detrás, sino alrededor, apretadas en un anillo de luz que giraba lentamente, como el borde de un vaso visto desde dentro. En el centro había una oscuridad que no era negra, sino de un color para el que el ojo humano no tiene nombre porque nunca

lo ha necesitado. León la llamaba la boca. Al otro lado, si los cálculos eran buenos, aguardaba un cielo de hace cinco mil ciento sesenta años.

—Veinte segundos. Nominal.

Tú recordarás el entrenamiento, porque lo tienes fresco. Cuarenta y un segundos de tiempo propio. Unos tres minutos de sensación, porque el cuerpo no entiende de geometría y traduce lo que no entiende en vértigo. Una náusea leve por las fuerzas de marea, perfectamente tolerable. Nada de luz al final del túnel ni de ninguna otra tontería de película: solo ese anillo de estrellas abriéndose poco a poco, como una pupila en la penumbra, hasta que uno vuelve a estar fuera.

Eso era lo prometido. Y durante veinticinco segundos fue verdad.

—León —dijo Teo. No alzó la voz. Teo no la alzaba nunca—. El campo sube.

—Lo veo.

—No debería subir.

—Lo veo, Teo.

Miré a León. La pantalla le iluminaba la cara desde abajo, y en aquella claridad verdosa parecía más joven y más asustado de lo que yo le había visto nunca. Después supe por qué. Supe que llevaba meses esperando aquel número; que lo había visto aparecer en sus cálculos una noche de invierno, en la estación, y que había decidido callarlo, a su manera rogando que no se presentara. En aquel momento solo vi a un hombre que sabía algo que los demás ignorábamos.

Los hombres guardan sus secretos por miedo o por orgullo. León guardaba los suyos por las dos cosas, y eso, como verás, salió caro.

—Treinta segundos.

En la ventanilla, el anillo de estrellas empezó a hacer algo que no figuraba en ninguna simulación. Se dobló por segunda vez. Dentro del primer anillo nació otro, más fino y más brillante, y dentro de ese otro más. Como los reflejos entre dos espejos enfrentados. Como si la luz que había entrado en la garganta no encontrara la salida y se fuera amontonando, vuelta tras vuelta, sobre sí misma.

León me lo explicaría luego, en una isla de papiro, con el casco todavía caliente y una botella de agua entre las rodillas. Fluctuaciones del vacío: partículas que existen durante un instante imposible de medir y se

desvanecen, y que en una curva temporal cerrada pueden recorrer el mismo camino una y otra vez, sumándose, hasta que la energía que acumulan supera a la que mantiene abierta la puerta. Hawking lo había descrito en 1992. Lo llamó protección cronológica y bromeaba con que el universo tenía una agencia encargada de que nadie hiciera trampas con el tiempo. Nunca se demostró. Nunca se refutó. León había calculado que la probabilidad de que nos ocurriera a nosotros era del cuatro por ciento.

Cuatro por ciento. Hay hombres que apuestan su vida a menos. Pero suelen tener la decencia de apostar solo la suya.

—Samir, mantén la trayectoria.

—La mantengo.

—Teo.

—Estoy derivando potencia al campo, pero no aguanta. —Una pausa breve—. Henrik, no aguanta.

—¿Cuánto queda?

—Ocho segundos —dijo León—. Ocho segundos y fuera.

Recuerdo que pensé en mi madre. No sé por qué. Hacía veinticuatro años que había muerto, y yo no pensaba en ella en los momentos importantes, sino en los absurdos: en la cola de una farmacia, en un olor a cera de suelo. Pero en aquel instante la vi sentada en la cama del hospital, con aquel rosario de cuentas de nogal que yo odiaba entre los dedos, pasándolas una a una mientras los médicos hablaban en el pasillo de cosas que ya no tenían arreglo. Y pensé que quizá era eso: que cuando ya no queda nada que hacer con las manos, se reza. No lo entendí del todo, ni entonces ni en mucho tiempo. Entender a una madre lleva su tiempo, y a mí me llevó bastante más del que nadie debería necesitar.

—Cinco.

Los anillos se cerraron.

No hubo ruido, o yo no lo oí. Hubo luz. No entraba por la ventanilla: estaba dentro de la cabina, dentro de mis párpados cerrados, dentro de mis manos. Una luz blanca y absoluta, sin dirección ni sombra, como si alguien hubiera encendido el universo de golpe para echar un vistazo. Sentí que el asiento me empujaba hacia arriba, o hacia abajo, o hacia un lado que no existe. Sentí el sabor del cobre en la boca. Y sentí, esto no se

lo he contado nunca a nadie, que durante una fracción de segundo estábamos en dos sitios a la vez.

Después, el silencio.

Después, las alarmas.

—¡Estado! —gritaba Henrik—. ¡Estado, todos!

—Viva —dijo Teo.

—Vivo. Tengo control parcial —dijo Samir, y luego, con la misma calma con que habría dado la hora—: Estamos cayendo.

—León.

León no contestó. Miraba la pantalla, donde el campo de la garganta había dejado de existir. No había bajado a cero; sencillamente no estaba, como si la puerta no hubiera estado nunca allí.

—León, maldita sea.

—Vivo. —La voz le salió de muy lejos—. Se ha cerrado. Detrás de nosotros. Se ha cerrado.

—Inés.

Tardé en responder porque estaba mirando por la ventanilla. Ya no había anillos ni estrellas. Había una negrura limpia y, al borde de ella, la curva de la atmósfera, de un azul tan puro que hacía daño; y abajo, girando despacio mientras la nave caía, una tierra parda rajada por una cinta verde oscura que se abría en abanico hacia un mar inmenso.

El Nilo. El Delta. Lo reconocí como se reconoce la cara de un viejo amigo al cabo de muchos años: por la forma, no por los detalles, porque los detalles estaban mal. El abanico era demasiado ancho, demasiado verde, cuajado de brazos y canales que no figuraban en ningún mapa mío. La costa no estaba donde debía estar.

Y en el vértice del abanico, donde debía estar El Cairo, donde deberían haber estado veintiséis millones de almas y aquella mancha gris que se distinguía con los telescopios de la estación, no había nada. Ni una carretera. Ni un muro. Ni una sola luz.

—Viva —dije al fin—. Henrik, hemos llegado.

No sé por qué lo dije así, como si diera una buena noticia. Supongo que aún no lo había comprendido. Supongo que aún era tú.

Todavía no sabía a qué olía. Lo supe en cuanto se abrió la escotilla, y desde entonces no he dejado de saberlo: a barro negro recién removido,

a agua quieta calentada por el sol, a papiro que se pudre por abajo mientras crece por arriba, a humo de boñiga seca y a pescado abierto al sol. Un olor espeso, dulce y podrido a la vez, que se mete en la ropa y en el pelo y que ninguna ducha de ningún siglo me ha quitado del todo. Hay noches en que me despierto con él en la boca. Hay noches en que vuelvo a tener en las rodillas el peso de una niña dormida, caliente de fiebre, con el barro de sus pies secándoseme en el mono, y ese olor subiendo de la tierra como sube el vapor de un cuenco.

Pero aquella mañana, colgada de los arneses mientras caíamos, la tierra negra era todavía un mapa equivocado. Y yo seguía siendo la que miraba.

## 2

### LA PALETA

Seis meses antes yo estaba en Madrid, de pie ante una pantalla, explicando a once alumnos de máster por qué el primer documento histórico de la humanidad es, bien mirado, un anuncio publicitario.

—Fíjense en el tamaño —dije, y amplié la imagen hasta que la piedra ocupó la pared—. Sesenta y tres centímetros de limolita gris verdosa. En teoría es una paleta para moler cosméticos, como las que usaban a diario para preparar el kohl de los ojos. Pero nadie se pinta los ojos sobre algo tan grande ni tan trabajado. Esto no se usó nunca. Se enseñó.

Era la última clase del semestre y la sala olía a lluvia, a abrigo mojado y a calefacción de edificio antiguo. Por las ventanas del salón de actos del Museo Arqueológico se veía el tráfico de Serrano, aquellos taxis eléctricos que todavía me parecían demasiado callados, como si les diera vergüenza circular. Me gustaba dar esa clase allí. Me gustaba que, para llegar hasta mí, los alumnos tuvieran que cruzar tres mil años de vitrinas. A algunos se les quedaba algo pegado por el camino. A la mayoría, no.

—La encontraron Quibell y Green en 1898, en Hieracómpolis, la Nejen de los egipcios, enterrada en un depósito del templo de Horus entre cientos de objetos rituales. Hacia el 3100 antes de Cristo, arriba o abajo un par de generaciones. Y aquí —señalé con el puntero— está la razón por la que llevo veinte años mirándola.

En la esquina superior derecha de la cara principal, sobre seis tallos de papiro que brotan de un pedazo de tierra con cabeza humana, hay un halcón. Con una garra sujeta una cuerda que atraviesa la nariz de esa ca-

beza, como quien lleva un buey al matadero o un prisionero al mercado, que en aquellos tiempos venía a ser lo mismo.

—Horus —dije—. El dios halcón del sur, el dios del rey. Los papiros son el Delta, el norte. El halcón entrega el país del papiro al rey, que está ahí al lado, enorme, a punto de abrirle la cabeza a un prisionero con una maza de piedra. Es la unificación de Egipto contada como la cuentan siempre los vencedores: no hemos conquistado el norte, nos lo ha dado un dios. Lo que tienen delante es la primera vez en la historia que alguien firmó una guerra con el nombre de un dios. No sería la última.

Esa era mi frase. La había dicho tantas veces que ya no la oía, como no oye un sacerdote las palabras de la misa. Los alumnos la apuntaron, como todos los años.

Todos menos una. Una muchacha de la segunda fila, Lucía creo que se llamaba, que llevaba la tarde entera mirando la imagen sin escribir una línea. Levantó la mano.

—¿Y si lo vieron de verdad?

Hubo algunas risas. Yo también sonreí.

—¿El qué?

—El halcón. —Se encogió de hombros, sin apuro—. Usted siempre dice que los mitos nacen de algo que alguien vio y no supo explicar. Que el culto solar de Heliópolis nació de mirar el cielo. ¿Por qué esto tiene que ser solo propaganda? A lo mejor vieron algo y luego el rey lo aprovechó.

Recuerdo mi respuesta palabra por palabra. Llevo cinco mil años recordándola.

—Porque los halcones no bajan del cielo a regalar países, Lucía. Los reyes sí se inventan que lo hacen.

Más risas. Ella no se rio. Asintió, como quien se guarda la réplica para mejor ocasión, y yo pasé a la diapositiva siguiente con una incomodidad minúscula que achaqué al cansancio de fin de curso.

No era cansancio. Era la primera vez que alguien me hacía la pregunta correcta y yo la apartaba con una frase ingeniosa. Tampoco sería la última. La inteligencia, cuando se acostumbra a tener razón, se vuelve perezosa; y no hay pereza más peligrosa que la de los listos.

Volví a casa andando, como siempre. El piso de la calle Ibiza seguía medio vacío desde que Daniel se había llevado sus libros, hacía ya tres años. En las estanterías quedaban huecos con la forma exacta de su vida, y yo no los había llenado. Me decía que era por falta de tiempo. La verdad es que me gustaba mirarlos. Una ausencia ordenada es algo que se puede estudiar, catalogar, describir en un artículo con notas a pie de página. Y yo era muy buena estudiando.

Daniel me lo dijo la última noche, con la maleta ya en el rellano: «Vives como si estuvieras excavando tu propia vida. Con guantes y una brocha, para no romper nada». Me pareció una metáfora injusta y, lo que es peor, buena. No le contesté. Tomé nota.

Estaba calentando la cena cuando sonó el teléfono. Un número internacional, con un prefijo que no reconocí. Casi no lo cogí. A veces pienso en ese casi.

—¿Doctora Valcárcel? —Una voz de hombre, con un acento difícil de situar, a medio camino entre Budapest y Boston—. Me llamo León Varga. Soy físico. Leí su artículo sobre el origen astronómico del culto heliopolitano.

—Usted y otras cuarenta personas —dije—. Casi todas para refutarlo.

—Yo no quiero refutarlo. Quiero que lo compruebe.

Había algo en su manera de hablar que me recordó a mí misma en mis mejores días: la prisa de quien lleva mucho tiempo pensando a solas en algo y al fin da con alguien capaz de entenderlo. Apagué el fuego.

—No sé cómo pretende que compruebe algo que ocurrió hace cinco mil años, doctor Varga.

Se quedó callado un momento. Luego me hizo una pregunta que entonces me pareció absurda.

—¿Ha oído hablar de la Anomalía de L1?

Había oído hablar. Todo el mundo había oído hablar, de esa manera vaga en que se oye hablar de las cosas que no nos atañen: una distorsión gravitatoria detectada entre la Tierra y el Sol, del tamaño de un átomo, que los astrofísicos llevaban ocho años estudiando con el entusiasmo de

los niños y el secretismo de los militares. Había leído titulares. Una puerta en el espacio. La mayor anomalía de la física. Había pasado la página.

—Algo —dije.

—No es una distorsión. Es un agujero de gusano. Natural, o eso creemos, porque nadie sabe quién podría haberlo fabricado. Es microscópico, pero se puede ensanchar. Hemos aprendido a ensancharlo. — Otra pausa, más larga—. Y sus dos bocas no están en el mismo tiempo, doctora. Las separan cinco mil ciento sesenta años.

Me senté en el brazo del sofá. Recuerdo la aspereza de la tela bajo la palma. Recuerdo que pensé que era una broma muy elaborada, luego que era un loco, y luego, durante un instante, nada en absoluto.

—Cinco mil ciento sesenta años antes de cuándo.

—Antes de ahora. El otro lado se abre hacia el 3100 antes de Cristo. Y, según nuestros cálculos, muy cerca de la vertical del Delta del Nilo.

—Doctor Varga —dije, y me oí la voz de catedrática, la que reservo para los alumnos que citan enciclopedias de internet—, son las nueve y media de la noche. Si esto es una broma, es una broma cara. Me llama usted desde muy lejos.

—Desde Darmstadt, del centro de operaciones de la Agencia. —No pareció ofenderse; supongo que ya le habían colgado antes con peores palabras—. Mañana a las diez irá a verla al museo una persona con una acreditación y un acuerdo de confidencialidad de doscientas páginas. Si después de leerlo sigue pensando que es una broma, tírelo a la papelería. Yo lo haría.

—¿Por qué yo?

—Porque usted escribió que los sacerdotes de Iunu no se inventaron el cielo, que lo miraron. Que antes del mito hubo una observación. — Le oí morder algo, madera, quizá un lápiz—. Casi todos sus colegas piensan que los mitos son mentiras útiles. Usted piensa que son notas de campo mal copiadas. Si vamos a ir allí, necesito a alguien que piense eso.

Era lo más halagador que me habían dicho en años, y la desconfianza me subió por la nuca como sube un gato por una cortina. A los cuaren-

ta y un años una ha aprendido que nadie regala un elogio sin haberle puesto precio antes.

—¿Y qué gana usted con todo esto?

—Saber si tengo razón —dijo, sin dudar. Y luego, más bajo, como si se le hubiera escapado—: Es lo único que he querido saber en mi vida.

No supe entonces lo que aquella frase llevaba dentro. Me pareció la ambición corriente de un científico joven, la de todos los que he conocido, que es una ambición honrada y un poco infantil. Tardé mucho en oír lo que había debajo.

En la pantalla del teléfono, que había dejado sobre la mesa, seguía abierta la presentación de la clase. Desde allí me miraba el halcón de la paleta, con su cuerda en la garra, encaramado a sus seis papiros.

—Vamos a mandar una nave, doctora Valcárcel. Cinco personas. Para observar, solo para observar. Necesitamos a alguien que sepa leer lo que vamos a ver.

No dije que sí. No dije nada. Me quedé mirando el halcón mientras él esperaba al otro lado de la línea, y pensé en Lucía, la de la segunda fila, y en su pregunta.

*¿Y si lo vieron de verdad?*

Y por primera vez en veinte años, la frase ingeniosa no me vino a la boca.

—¿Cuándo? —pregunté.

León Varga se rio un poco, con alivio. Después supe que yo era la tercera egiptóloga a la que llamaba y que las dos primeras le habían colgado. Gente sensata.

Yo no colgué. Ahí empezó todo; aunque también podría decirse que todo había empezado mucho antes, en un taller junto al Nilo, a la luz de una lámpara de aceite, cuando un artesano cuyo nombre nadie recuerda talló un halcón en la piedra mientras yo lo miraba trabajar.

# 3

## LA LETRA PEQUEÑA

No dormí aquella noche. La pasé sentada en el brazo del sofá, con la cena fría en el cazo y el teléfono bocabajo sobre la mesa. Le había dado la vuelta yo misma, poco después de colgar, porque me incomodaba que el halcón de la pantalla siguiera mirándome.

A eso de las tres me levanté y abrí el último cajón de la cómoda del dormitorio, el que no abría nunca. Allí estaba, en su bolsita de terciopelo granate, el rosario de cuentas de nogal de mi madre. Me lo habían dado en el hospital con el reloj y las gafas, metidos en una bolsa de plástico con su nombre escrito a rotulador, y yo lo había guardado donde se guardan las cosas que no se quieren tirar ni mirar. Lo saqué. Lo tuve un rato en la palma. Las cuentas estaban gastadas por un lado, el del pulgar, y aquel desgaste era lo más parecido a una oración que yo había tocado nunca. Pensé que mi madre se habría santiguado al oír hablar de agujeros en el cielo. Pensé también, y eso me sorprendió, que habría querido saber qué se veía al otro lado.

Lo volví a guardar. Pero aquella noche, por primera vez en veinticuatro años, el cajón se quedó mal cerrado.

\* \* \*

La persona de la acreditación se llamaba Marta Ibarguren, tenía la edad de mis alumnas y la seriedad de un notario de pueblo. Me esperaba a las diez menos cinco en la escalinata del museo, junto a las esfinges, con un

abrigo gris y una cartera de piel de las que ya no se fabrican. Me tendió una mano fría y una tarjeta con el logotipo de la Agencia, y no dijo una palabra más hasta que estuvimos en mi despacho con la puerta cerrada.

El acuerdo no tenía doscientas páginas. Tenía doscientas doce. Venía en papel, en una carpeta de cartón gris con un número de copia estampado en la esquina; para ciertas cosas, me explicó, la Agencia había vuelto al papel, porque el papel no se puede copiar desde el otro lado del mundo ni se reenvía por descuido. Marta Ibarguren se sentó enfrente de mí, con las manos sobre la cartera, a esperar a que lo leyera. Le dije que tardaría. Me contestó que tenía todo el día y una reserva de hotel para el siguiente.

Lo leí entero. Lo leí como leo las estelas: de arriba abajo, sin saltarme nada, atenta a lo que se dice y más atenta todavía a lo que se calla. Había cláusulas de confidencialidad, de propiedad intelectual, de cesión de imagen. Había un calendario: dos meses de preparación en tierra, en Colonia; cuatro en la estación; un cruce de cuarenta y un segundos; tres semanas de observación al otro lado; cuarenta y un segundos más. Había un anexo que remitía a un protocolo de no contacto «redactado en Ginebra por el comité de ética del proyecto», que me sería entregado aparte.

Y había, en la página ciento cuarenta y tres, una cláusula titulada «Evaluación de riesgos», que decía que el riesgo estimado de pérdida de la tripulación era «comparable al de un vuelo orbital tripulado convencional».

—¿Qué significa comparable? —pregunté.

Marta Ibarguren no tuvo que mirar ningún papel.

—Uno o dos por ciento, doctora. Menos que una expedición al Himalaya. Los cálculos los ha hecho el equipo del doctor Varga.

Asentí. Me pareció una cifra razonable, y una frase razonable, y un equipo razonable. Comparable es una palabra que he aprendido a odiar, como se odia a un perro que te mordió de niña: no por lo que hizo, sino por lo bien que movía el rabo antes de hacerlo.

Firmé a las cuatro y veinte de la tarde, con la estilográfica que me había regalado mi director cuando leí la tesis. Marta Ibarguren comprobó la firma, secó la tinta con un secante que traía en la cartera, cerró la car-

peta y por primera vez en todo el día me miró como se mira a una persona y no a un expediente.

—Casi todo el mundo se lo piensa una semana —dijo.

—Yo llevo veinte años pensándomelo —le contesté—. Solo que no sabía que era esto.

\* \* \*

A nadie le dije la verdad. Era lo que había firmado, y además era lo fácil.

En el departamento pedí un año sabático para un proyecto de documentación en Saqqara, financiado por una fundación extranjera de nombre impronunciable. Mis colegas me felicitaron con esa envidia mal disimulada que en la universidad española pasa por compañerismo, y el decano me pidió que le trajera una postal de las pirámides. Le dije que sí. Todavía se la debo.

A Daniel le escribí tres veces. La primera, un mensaje largo, explicativo, lleno de subordinadas, que borré al llegar a la tercera línea porque me sonó a defensa de tesis. La segunda, una sola frase: «Tenías razón, voy a romper algo». También la borré; me pareció una frase de película, y Daniel odiaba las frases de película casi tanto como yo. La tercera no llegué a escribirla. Me quedé mirando el cursor parpadear en la pantalla, que es la forma moderna de mirar un pozo, y al final apagué el teléfono. Tomé nota, supongo. Era lo que mejor sabía hacer.

A quien sí quise decírselo fue a Lucía.

Vino a verme al despacho una semana después, a pedirme una carta de recomendación para el doctorado. Se sentó en la misma silla donde se había sentado Marta Ibarguren, con la mochila en las rodillas y aquella calma suya de muchacha que no tiene prisa por caer bien. Le escribí la carta allí mismo. Era buena; no tuve que exagerar nada. Cuando se la di, en lugar de irse, se quedó mirando la reproducción de la paleta que yo tenía clavada con chinchetas en el corcho de la pared.

—¿Le dio que pensar? —preguntó—. Lo del otro día.

—Algo —dije.

—Mi abuela era de Barbate. —Sonrió un poco, como disculpándose por la digresión—. Decía que los cuentos del puerto son noticias que han llegado tarde. Que si un pescador jura que vio una ballena con cuer-

nos, a lo mejor no era una ballena ni tenía cuernos, pero algo vio. Si no, para qué iba a mentir.

—A veces se miente por gusto.

—A veces. Pero entonces la mentira se cuenta una vez y se olvida. Las que duran es porque tenían algo debajo. —Señaló el halcón con la barbilla—. Eso ha durado cinco mil años.

Tuve la verdad en la punta de la lengua. La tuve de verdad, físicamente, como se tiene una espina. Habría bastado con una frase. Pero había doscientas doce páginas entre aquella frase y mi boca, y yo era una mujer que firmaba cosas y las cumplía.

—Guárdate esa pregunta, Lucía —le dije—. No la gastes. Algún día alguien te la contestará.

Me miró un momento con curiosidad, como si hubiera notado algo en mi voz, y luego se fue con su carta. No volví a verla. Es una de las pocas personas del mundo a las que les debo una respuesta, y no tengo manera de dársela.

\* \* \*

Colonia fue otra cosa.

El Centro de Astronautas estaba en las afueras, junto al aeropuerto, en un recinto de edificios bajos y césped muy cortado que olía a queroseno y a cloro de piscina. Allí pasé dos meses aprendiendo a ser equipaje. No lo dijeron así, claro. Lo dijo un instructor belga de bigote canoso el primer día, con una franqueza que le agradecí más tarde:

—Usted no tiene que saber pilotar, doctora. Tiene que saber no estorbar. Que es más difícil.

Me metieron en una centrifugadora hasta que vi el mundo por un tubo gris. Me metieron en una piscina de diez metros de hondo con un traje que pesaba más que yo, y me enseñaron a no ahogarme dentro de él. Me tuvieron una semana en las Bardenas, en Navarra, con una botella de agua al día y una manta térmica, para que aprendiera que el desierto no perdona a quien no le tiene respeto; me pareció entonces una exageración de militares, y más tarde pensé en aquel instructor belga muchas veces, a orillas de otro desierto, con algo parecido a la gratitud. Me enseñaron a vomitar con dignidad. No aprendí.

Y me enseñaron a hacer la maleta.

Dos kilos. Era el límite del equipo personal, y en Colonia nos lo repitieron tantas veces que acabé soñando con básculas. Dos kilos para cinco mil años, aunque eso entonces no lo sabía nadie. Hice la lista una noche en la residencia, sentada en la cama, con la misma pulcritud con que hago los inventarios de una excavación.

El cuaderno de hule negro que había estrenado en mi primera campaña en Luxor, a los veintitrés años, con la mitad de las páginas en blanco porque nunca me había atrevido a gastarlas. Dos lápices. Un frasco pequeño de tinta china. Un pincel de junco cortado a la manera de los escribas, que me había hecho un artesano de Luxor años atrás y que nunca había usado para nada; lo metí sin saber por qué, como se mete en la maleta un paraguas en agosto. Una foto de mi madre a los treinta años en la playa de Comillas, en blanco y negro, que me había impreso a propósito porque en el otro lado no iba a haber pantallas donde mirarla. Ropa interior. Un cepillo de dientes.

El rosario no. Lo pensé, con la lista en la mano, más rato del que me habría gustado admitir. Pero el rosario era de mi madre y era para rezar, y yo no rezaba. Me pareció que llevármelo habría sido una forma de mentir, y a una misión así no se va mintiendo.

Ya ves. Todavía creía que se podía ir a algún sitio sin mentir.

\* \* \*

El último día en Madrid fui al museo, aunque no me tocaba clase.

No fui a la sala de Egipto. Fui a la cafetería, me senté junto a la ventana que da a Serrano y me tomé un café malo viendo pasar a la gente de siempre: oficinistas con prisa, una señora con un perro mejor abrigado que ella, dos turistas fotografiando la fachada como si fuera a escaparse. Nadie miraba al cielo. Nunca lo hace nadie, salvo los astrónomos y los campesinos. Pensé en las vitrinas que había dos pisos más abajo, en los amuletos de fayenza, en los ushebtis, en los pequeños halcones de bronce que los devotos de época tardía compraban en los templos como hoy se compran velas. Pensé que dentro de cuatro meses estaría viendo a la gente que había empezado todo aquello. A sus tatarabuelos. Al primero de todos.

Pensé también en la estela.

Tenía dieciséis años la primera vez que entré en aquel museo. Fue un sábado de noviembre, con mi madre, que no sabía nada de Egipto y que me llevó porque yo llevaba semanas dándole la lata con un documental. Unos meses después ya estaba enferma; fue de las últimas cosas que hicimos juntas sin hablar de médicos. Recorrimos la sala de Egipto deprisa, porque a ella las momias le daban pena, y en un rincón, casi escondida junto a la puerta, en una vitrina pequeña con mala luz, había un fragmento de caliza del tamaño de un libro, roto por arriba y por un lado, con unas pocas líneas de jeroglíficos.

La cartela decía: «Fragmento de estela. Caliza. Tell el-Amarna (?). Dinastía XVIII, h. 1350 a. C. Procedencia desconocida; donación particular. Himno de tradición heliopolitana». Y debajo, en letra más pequeña, una traducción:

*...el ave de oro no es un dios. Los que viajan en ella lloran como lloran los hombres. Duermen en la colina de Iunu y beben del río cada quinientas crecidas. A ti, que lees esto en la lengua de los que vendrán: no mires desde lejos.*

Me quedé delante de la vitrina hasta que mi madre vino a buscarme. Le léí la traducción en voz alta. Ella la escuchó con atención, con la cabeza un poco ladeada, como escuchaba las lecturas en misa, y dijo que era muy bonito, que parecía un salmo. Yo le dije que era un mito. Que los egipcios tenían cientos, que el ave de oro sería algún pájaro sagrado y la colina algún templo, que aquello no había que tomárselo al pie de la letra. Lo dije con la suficiencia de los dieciséis años, que es la más absoluta de todas, y ella me sonrió y no me llevó la contraria.

Aquel día decidí estudiar egipcio. No por el ave de oro, sino por la frase del final, que me pareció escrita para mí, como les parecen a los adolescentes todas las frases bonitas. Me la aprendí de memoria. Veinticinco años después la seguía sabiendo. Y llevaba veinticinco años haciendo justo lo contrario de lo que decía.

No bajé a verlos. Ni a ella. Me dio miedo, creo, que me parecieran distintos.

Tres días después despegué desde Kurú, en la Guayana, encajada en un asiento que parecía diseñado para otra anatomía. Por la ventanilla vi alejarse la Tierra, azul y blanca y sin una sola frontera, que es como se ve desde arriba y como no se ve nunca desde abajo. Pensé en Lucía, en su abuela de Barbate y en las ballenas con cuernos. Pensé en el cajón mal cerrado de la cómoda.

No pensé en ningún dios. Todavía no había conocido a ninguno.

# 4

## L 1

La estación se llamaba Umbral, y nadie a bordo usaba ese nombre.

La llamaban la Lata, el Barrio o, los más veteranos, simplemente arriba, como si no hubiera otro sitio al que subir. Flotaba a un millón y medio de kilómetros de la Tierra, en ese punto de la línea que une nuestro planeta con el Sol donde la atracción de los dos y el giro alrededor del Sol se equilibran, y un objeto puede acompañar a la Tierra gastando muy poco combustible. El primer punto de Lagrange. L1. Los astrónomos lo usaban desde el siglo pasado para colgar telescopios que miraban al Sol sin que nada se interpusiera. Ahora colgaban de él también una puerta.

Tardé dos semanas en llegar desde la órbita baja, metida en un transbordador de carga con dos técnicos de mantenimiento que jugaban a las cartas atados a sus asientos y me miraban como se mira a un turista en un cuartel. No les culpo. Yo era la civil del proyecto, la de letras, la que vomitó dos veces en la primera hora de ingravidez y la tercera vez acertó en la bolsa por pura dignidad. Hay oficios que se aprenden en las aulas y otros que se aprenden en el cuerpo. Aquel era de los segundos, y yo llegaba tarde.

Me recibió Henrik Aas en la esclusa del módulo de habitación. Era alto incluso en ingravidez, que es donde todo el mundo parece más bajo, con el pelo cortado al cero y unos ojos de un gris de agua de fiordo que no se apartaban de los tuyos mientras hablabas. Había sido piloto de combate en la fuerza aérea noruega y astronauta de la Agencia durante

quince años. No lo dijo él: lo leí después en su ficha. Él solo dijo su nombre, me estrechó la mano con la presión exacta y señaló un asidero de la pared.

—Agárrese ahí, doctora, mientras se igualan presiones. La primera semana todo el mundo se golpea la cabeza con algo.

—¿Y la segunda?

—La segunda se la golpean con lo mismo, pero ya saben por qué.

No sonrió al decirlo. Henrik sonreía poco y, cuando lo hacía, era con los ojos, como esos hombres que han aprendido en sitios difíciles que la cara hay que tenerla siempre a punto. Me cayó bien en el acto. Tardé mucho más en comprender que no era un hombre frío, sino un hombre que había decidido, en algún momento de su vida que nunca me contó, que las emociones son un lujo para cuando la tripulación está a salvo. Y la tripulación, para gente como Henrik, nunca está del todo a salvo.

\* \* \*

A León Varga lo conocí esa misma tarde, si es que tiene sentido hablar de tardes en un sitio donde el Sol no se pone nunca.

Estaba en el módulo de instrumentos, flotando cabeza abajo respecto a mí, rodeado de pantallas, con una tableta en cada mano y un lápiz de verdad, de madera y grafito, sujeto entre los dientes. Era más joven de lo que me había imaginado por la voz: treinta y tantos, delgado, con una barba de varios días y el aire de no haber dormido bien desde la adolescencia. Al verme se quitó el lápiz de la boca y giró sobre sí mismo con una soltura que delataba meses de práctica.

—La egiptóloga que no colgó —dijo.

—El físico que sabía que no colgaría.

—No lo sabía. Lo esperaba. —Me tendió la mano—. En mi oficio son cosas muy distintas.

Luego supe que el lápiz era una costumbre de su padre, un ingeniero de Debrecen que desconfiaba de todo lo que necesitara pilas, y que León lo usaba para pensar como otros usan el tabaco. Supe también, aunque eso tardé en saberlo, que aquel padre no le había hecho caso nunca salvo cuando acertaba, y que León llevaba toda la vida acertando para que alguien le hiciera caso. Hay quien trabaja por amor al oficio y quien traba-

ja para que su padre, esté donde esté, levante por fin la vista de los planos y le mire. Los segundos suelen ser mejores en lo suyo. Y no saben parar, porque esa mirada no llega nunca.

—¿Quiere verla? —preguntó.

—¿Se puede ver?

—No. Pero se puede ver lo que hace.

Me llevó hasta una pantalla grande, curvada, donde un campo de estrellas aparecía ligeramente torcido en el centro, como visto a través del fondo de una botella. Un anillo tenue, apenas una sugerencia de luz, rodeaba una mancha diminuta que el ordenador marcaba con un círculo rojo.

—Lente gravitatoria —dijo—. La luz de las estrellas que están detrás se curva al pasar cerca. Así la encontramos, hace ocho años: un telescopio solar detectó una distorsión donde no debía haber nada. Al principio pensamos que era un defecto del instrumento. Luego, un agujero negro primordial, uno de esos minúsculos que algunos teóricos dicen que quedaron del Big Bang. No lo era. Los agujeros negros se tragan cosas. Esto deja pasar cosas.

—¿Qué cosas?

—Al principio, partículas. Luego, luz: un pulso láser que entraba por aquí y no salía por ninguna parte que pudiéramos ver. Durante un año creímos que se perdía. —Hizo una pausa que debía de tener ensayada—. No se perdía. Llegaba a otro sitio. Y a otro tiempo.

—¿Y cómo saben a cuál?

Me miró con algo parecido al respeto, que es lo que los físicos sienten cuando alguien de letras hace una pregunta que no es tonta.

—Porque hace dos años, cuando aprendimos a ensancharla un poco, mandamos una sonda atada a un cable, como quien echa un sedal. Asomó la nariz al otro lado veinte segundos y la recogimos. La otra boca no está aquí, doctora: está en órbita baja, a unos trescientos kilómetros sobre la Tierra. La sonda trajo fotografías del cielo tal como se veía desde allí. Y el cielo es un reloj, si se sabe leer: el eje de la Tierra se tambalea como una peonza cansada, y el polo norte va cambiando de estrella con los milenios. En las fotos de la sonda, la estrella polar no era la Polar. Era

Thuban, en la constelación del Dragón. Cinco mil ciento sesenta años, con un margen de error de quince.

—¿Y la Tierra? ¿Salía en las fotos?

—Salía. —Se le iluminó la cara—. De noche. Sin una sola luz.

Me quedé mirando aquella mancha roja. Pensé que en ese mismo cielo, del otro lado, los hombres del Delta estaban saliendo a pescar en barcas de papiro, y que en algún taller de Nejen un artesano estaba aliando una piedra verde para tallar en ella un halcón. Pensé que la distancia entre esa gente y yo era una mancha del tamaño de un átomo. Se me erizó la piel de los brazos, y no era por el aire acondicionado.

\* \* \*

La discusión empezó en la cena, que en Umbral consistía en bolsas de comida rehidratada calentadas en un horno del tamaño de una caja de zapatos y comidas alrededor de una mesa a la que nadie se sentaba, porque sentarse en ingravidez es una ficción que exige cinturones.

La empezó Henrik, a su manera, que era no empezarla.

—Mañana repasamos el protocolo de no contacto con la doctora Valcárcel —dijo, sin levantar la vista de su bolsa de estofado—. Punto por punto.

—El protocolo es innecesario —dijo León.

—El protocolo es el protocolo.

—Es innecesario y lo sabes. —León se volvió hacia mí, buscando un jurado—. ¿Conoce el principio de autoconsistencia, doctora?

—He leído lo que me mandaron.

—Entonces sabe que lo que hagamos allí ya forma parte de la historia. No podemos cambiarla, porque ya ha pasado con nosotros dentro. El universo no admite contradicciones. Novikov lo formuló en los ochenta.

—Entonces podemos hacer lo que queramos —dije—, porque nada de lo que hagamos cambiará nada.

—O no podemos hacer nada que no hayamos hecho ya —dijo Henrik—. Que es otra forma de decirlo, y bastante menos tranquilizadora.

León chasqueó la lengua.

—La mitad de los físicos piensa que Novikov es un parche. Una regla que nos inventamos para que las ecuaciones no se avergüencen de sí mismas. Nadie lo ha demostrado. Nadie ha viajado al pasado para comprobarlo.

—Hasta ahora —dijo Teo Brandt, que hasta entonces no había abierto la boca. Estaba al otro extremo de la mesa, con las piernas cruzadas en el aire como un buda alemán, comiéndose un flan de vainilla con una cucharilla larga—. Por eso vamos, ¿no? Para comprobarlo.

—Vamos a observar —dijo Henrik.

—Claro, comandante. Vamos a observar. —Teo me guiñó un ojo por encima de la cucharilla—. Los dioses también empezaron así. Observando.

Hubo un silencio breve. Samir Haddad, que había seguido la conversación con la cabeza ladeada, sin intervenir, señaló con el tenedor la bolsa vacía de León.

—Tú no crees que no se pueda cambiar —dijo—. Crees que sí. Por eso discutes tanto.

León abrió la boca y volvió a cerrarla. Fue la única vez, en todos los años que lo conocí, que vi a León Varga sin respuesta.

Aquella noche, en mi saco de dormir sujeto a la pared del módulo, mientras las bombas de aire zumbaban como un enjambre lejano, pensé en lo que había dicho Samir. Y pensé que yo, en cambio, no creía nada en absoluto, porque mi oficio consistía en no creer; en mirar las cosas desde fuera, con guantes y una brocha, hasta que dejaban de quemar. Me pareció una posición cómoda y razonable. Lo era. Las posiciones cómodas y razonables suelen serlo, hasta el día en que la historia te agarra por el cuello y te pregunta de qué lado estás.

A mí me lo preguntó en una aldea en llamas del Delta, cinco mil años atrás.

# 5

## LA NAVE

Se llamaba *Sothis*, y el nombre lo había elegido León antes de que nadie pensara en llevar a una egipóloga a bordo.

—Es la estrella Sirio —me dijo, muy ufano, la primera vez que la vi—. Los egipcios la llamaban así.

—Los egipcios la llamaban Sopdet —le corregí—. *Sothis* es como la llamaban los griegos. Y no era una estrella cualquiera: cuando reaparecía en el horizonte antes del alba, después de setenta días escondida, anunciaba la crecida del Nilo. El año nuevo. El regreso de la vida.

—Mejor todavía.

—Eso depende. También era una diosa. A los dioses no les gusta que les cojan el nombre prestado.

Lo dije en broma. Teo, que nos oía desde la escotilla con una llave dinamométrica en la mano, se rio con una carcajada corta, de garganta. León no se rio. Tardé en comprender que a León no le hacían gracia las bromas sobre cosas que no podía medir.

\* \* \*

Teo me enseñó la nave al día siguiente. Lo hizo como hacía todas las cosas: sin preámbulos, con las manos por delante y llamando a cada pieza por su nombre, como un mecánico de los de antes enseña un motor a un aprendiz al que ha decidido tomar en serio.

Teodora Brandt tenía cuarenta y siete años, el pelo gris cortado a tijeretazos y unos antebrazos de remera que asomaban de las mangas arregadas del mono. Era ingeniera de sistemas y médica, dos carreras que había hecho a la vez, me explicó, porque de joven no sabía si le gustaban más las máquinas o las personas y al final había descubierto que unas y otras se estropean por los mismos sitios: por las juntas, por el calor y por el abandono.

—Esto es lo que te mantendrá viva —dijo, pasándome la mano enguantada por el casco—. Mira bien, porque el día que algo falle no habrá manual.

La *Sothis* no se parecía a las naves de las películas. No tenía alas, ni aletas, ni morro afilado, porque no había sido pensada para volar por el aire, solo para atravesarlo si todo fallaba (el vientre, bajo el anillo de placas, era un escudo térmico que nadie esperaba estrenar): había nacido para cruzar una garganta en el espacio y volver, y todo en ella obedecía a esa única obsesión. Era un disco achatado de veinticuatro metros de diámetro y apenas cinco de grosor en el borde, como dos platos soperos puestos boca con boca. En el centro de la cara superior se alzaba una joroba de casco más grueso, la cabina, con una franja de ventanillas trapezoidales que le daban, vista de frente, un aire de ceño fruncido. Debajo, ciñéndole el vientre como un cinturón, iba el anillo de los generadores de campo: cuarenta y ocho placas de un metal mate, casi negro, agrupadas en cuatro generadores y alineadas como las escamas de un pez, que debían abrir y sostener la garganta durante el cruce y que, según Teo, costaban cada una más que el edificio donde yo daba clase. Cuatro patas telescópicas plegadas en sus alojamientos. Cuatro toberas de maniobra en los flancos, dos a babor y dos a estribor, alimentadas por el reactor. A popa, junto al reactor, los dos motores principales, que solo se encendían en el vacío. Una escotilla de servicio en la parte trasera, que daba a la bodega y al reactor. Pero lo primero que llamaba la atención no era la forma, sino el color. Toda la nave estaba envuelta en una lámina dorada, arrugada y brillante como el papel de un bombón.

—Aislamiento multicapa —dijo Teo—. Kapton aluminizado, con una cara dorada. Veinte capas finas como una hoja de papel de fumar. El sol de aquí arriba te achicharra por un lado y el espacio te congela por el

otro, y esto mantiene dentro una temperatura decente. Lo llevan todos los satélites desde hace un siglo.

Alargué la mano y toqué la lámina. Crujía bajo los dedos, ligera, casi viva. Y de pronto, sin buscarlo, me vino a la cabeza un pasaje que había traducido mil veces en la universidad, de un texto religioso del Imperio Nuevo: la carne de los dioses es de oro, sus huesos de plata, su cabello de lapislázuli.

La carne de los dioses es de oro.

—¿Estás bien? —preguntó Teo.

—Perfectamente. Es que tengo frío.

No tenía frío. Pero hay intuiciones que uno no confiesa ni a sí mismo, porque confesarlas obligaría a tomarlas en serio.

\* \* \*

Por dentro era más pequeña de lo que prometía por fuera, como pasa con las casas de los pueblos y con algunas personas importantes. Se entraba por una escotilla lateral, a estribor, que se abría hacia fuera como la puerta de un horno y desplegaba una rampa de cuatro peldaños. Detrás había una esclusa del tamaño de un ascensor, y detrás de la esclusa, la cabina.

Cinco asientos dispuestos en arco frente a las ventanillas, como los sitiales de un coro. El del piloto en el centro, con mandos de verdad, palancas y pedales y una pantalla curva; a su derecha el de Teo, rodeado de los indicadores de los generadores y los condensadores; a su izquierda el de Henrik; en los extremos, el de León con sus consolas de física y el mío, el último, con una pantalla que repetía lo que veía el ojo y un hueco con una goma elástica para sujetar el cuaderno. Detrás de los asientos, una mesa plegable que nadie desplegaba, una taquilla médica con la cruz roja medio desplegada, el módulo de comunicaciones, que era poco más que un nicho con unos auriculares y una pantalla, y la trampilla que bajaba al compartimento de las cápsulas. Todo lo demás era cable, tubería y paneles de acceso numerados a rotulador.

Olía a plástico nuevo, a ozono y a café, porque Teo se había subido una cafetera italiana de contrabando que nadie había conseguido requisarle. Y se oía. Eso fue lo que más me sorprendió: una nave en reposo no

está nunca en silencio. Zumbaban las bombas del aire, chasqueaban los relés, siseaba algo en las tuberías del circuito de refrigeración como una tetera a punto de hervir. Teo me dijo que con el tiempo dejaría de oírlo, y que si algún día volvía a oírlo porque había parado, tendría que preocuparme.

Me senté en mi asiento. Me ajusté el arnés, por probar. Por las ventanillas se veían las paredes del hangar, los focos, un técnico en la galería comiéndose un bocadillo. Era un sitio pequeño, ruidoso, lleno de cosas que podían romperse. Me gustó en el acto, como me gustan las tumbas sin saquear: por todo lo que todavía no ha pasado dentro.

\* \* \*

Después me enseñó los radiadores. Estaban plegados contra los flancos del disco, dos grandes paneles articulados de un gris metálico, cada uno de casi diez metros de largo cuando se desplegaban.

—El reactor genera calor, la electrónica genera calor, nosotros generamos calor. En el espacio no hay aire que se lo lleve, así que hay que tirarlo por radiación. Para eso están. Si no se despliegan, nos cocemos en nuestra propia salsa en un par de días.

Pulsó algo en una tableta. Los paneles se abrieron lentamente a ambos lados del casco, con un zumbido de servomotores, hasta quedar extendidos en horizontal. Vista desde la galería de observación del hangar, con la lámina dorada brillando bajo los focos, la *Sothis* pareció de pronto otra cosa: un disco de oro con dos alas abiertas.

No dije nada. Teo me miró de reojo y tampoco dijo nada. Creo que ella también lo vio. Teo veía más cosas de las que decía, que es la forma más rara y más valiosa de la inteligencia.

—Y esto —dijo luego, señalando una cúpula de cristal en la parte de lantera, del tamaño de una rueda de camión— es el ojo.

Así lo llamaban todos a bordo: el ojo. Era el sensor óptico principal, un telescopio de sesenta centímetros con cámaras en todo el espectro y un láser de medición que barría el terreno para trazar mapas en tres dimensiones. En el aterrizaje, me explicó Teo, el láser y los focos de navegación iluminaban el suelo con haces que, si había polvo o humo, se veían como columnas de luz. Tenía también oídos: micrófonos direccionales

capaces de recoger una conversación a un kilómetro. Y en el vientre, unos altavoces de emergencia que se oían a dos kilómetros, para hablar con los equipos de rescate si caíamos donde no debíamos.

—Sin el ojo vamos ciegos —dijo—. Hay cámaras auxiliares, pero son de juguete. Si un día se rompe, rezad para que esté yo cerca.

—¿Y si no estás?

—Entonces rezad más fuerte.

Lo dijo riendo. Aún hoy, cuando lo recuerdo, no sé si reírme o echarme a llorar.

\* \* \*

Lo último que me enseñó fueron las cápsulas.

Estaban en un compartimento estrecho bajo la cabina, al que se accedía por una trampilla: seis cilindros blancos alineados como sarcófagos en una cripta, cada uno con una ventanilla ovalada a la altura de la cara y un panel de diodos verdes.

—Seis —dije—. Somos cinco.

—Redundancia. Si una falla, hay otra. —Teo abrió una tapa con un siseo de juntas presurizadas. Dentro, un colchón de gel azul con la forma vaga de un cuerpo, y una maraña de vías, sensores y catéteres plegados con un orden quirúrgico—. Letargo sintético. Bajamos la temperatura corporal unos grados, inducimos un estado parecido a la hibernación de los osos y el metabolismo cae a una fracción de lo normal. Consumes menos, envejeces menos y, de propina, aguantas mejor la radiación. Lo probaron en ratas hace cuarenta años y en voluntarios humanos hace diez.

—¿Cuánto tiempo?

—El récord humano son noventa y tres días. —Cerró la tapa con cuidado, casi con ternura, como se arroja a un niño—. No vamos a necesitarlas. El cruce dura cuarenta y un segundos, la observación tres semanas, y la vuelta otros cuarenta y un segundos. Las llevamos por si acaso. Las agencias espaciales viven de los por si acaso. Estas son las de las misiones a Júpiter. Tienen un modo profundo que no ha probado nadie, y espero que siga sin probarlo nadie.

—¿Y si un día hay que usarlas?

Teo se quedó un momento callada, con la mano todavía apoyada en la tapa. Luego me miró, y por primera vez en todo el día no había ironía en sus ojos.

—Si un día hay que usarlas, cariño, significa que todo lo demás ha fallado.

Me contaría más tarde, una noche de muchos años después, bajo un cielo que ninguna de las dos teníamos que haber visto, que de niña había cuidado de un hermano pequeño enfermo mientras sus padres trabajaban, y que desde entonces nunca había sabido estar en un sitio sin preguntarse qué podía romperse y cómo arreglarlo. Hay personas que nacen para que las cuiden y otras que nacen cuidando. Las segundas rara vez se dan cuenta de que también ellas necesitan que alguien les sostenga la mano.

Aquel día, en el compartimento de las cápsulas, Teo apagó la luz y subimos por la trampilla sin decir nada más. Detrás de nosotras, en la oscuridad, quedaron los seis cilindros blancos, esperando con la paciencia de las cosas que saben que su momento llegará.

Y llegó. Pero no fueron noventa y tres días.

# 6

## LA TRIPULACIÓN

A la gente se la conoce de verdad en tres sitios: en la mesa, en el peligro y en la espera. De la espera, que en Umbral duró cuatro meses, quiero hablar ahora, porque fue entonces cuando creí aprender quiénes eran los cuatro desconocidos con los que iba a atravesar el tiempo.

Esperábamos a que los generadores de campo superasen las últimas pruebas, a que los comités de tres agencias y dos gobiernos firmasen los papeles y a que la Anomalía, que tenía su propio carácter, se dejase ensanchar un poco más. Mientras tanto, entrenábamos. Doce horas al día de simulador, de ejercicios de emergencia, de protocolos que Henrik nos hacía recitar hasta que se nos quedaban grabados como el padre-nuestro a un niño de colegio de monjas. Y las otras doce, la vida: dormir mal, comer peor y mirar por las ventanillas una Tierra del tamaño de una moneda que nadie se acostumbraba a ver tan pequeña.

\* \* \*

A Henrik lo descubrí por casualidad, una noche de turno en que no podía dormir y fui al módulo de comunicaciones a buscar un té.

Estaba de espaldas a la escotilla, con los auriculares puestos, hablando en noruego con alguien cuya cara llenaba la pantalla: una chica de unos catorce años, rubia, con un aparato en los dientes y el ceño de quien ha decidido que su padre no se merece una sonrisa. Detrás de ella, asomando por un lado del encuadre, un niño más pequeño hacía mue-

cas. La señal tardaba diez segundos en ir y volver, y en esos diez segundos Henrik esperaba inmóvil, con las manos quietas sobre las rodillas, como espera un hombre que sabe que lo que viene puede doler.

No entendí una palabra. No hacía falta. La chica dijo algo cortante, el niño se rio, la chica lo mandó callar y luego, al cabo de un silencio, añadió algo más, en voz más baja, y Henrik bajó la cabeza. Cuando la pantalla se apagó, se quedó un rato así, mirando el cristal negro. Después se quitó los auriculares, los enrolló con cuidado, como se enrolla un cabo en un barco, y me vio.

—Doctora.

—Perdone. Buscaba té.

—Está en el segundo cajón. —Una pausa—. Ingrid y Erik. Mis hijos. Viven con su madre en Tromsø.

—No parecía muy contenta.

—No lo está. Dice que todos los padres de sus amigas van a trabajar y vuelven por la noche, y que el suyo va a trabajar al pasado. —Algo que no llegaba a ser una sonrisa le cruzó la boca—. Tiene razón. Siempre tiene razón. Lo ha sacado de su madre.

—¿Y qué le ha dicho al final? Cuando ha bajado la voz.

Henrik tardó en contestar. Abrió el segundo cajón, sacó una bolsa de té con su válvula de rehidratación y me la tendió, y solo entonces habló, sin mirarme.

—Que vuelva.

Después supe que Henrik grababa un mensaje para cada uno de sus hijos todas las noches, aunque no siempre los enviaba. Los guardaba en una carpeta cifrada con sus nombres. Le pregunté una vez por qué no los mandaba todos, y me dijo que algunos eran para más adelante, por si acaso. Henrik vivía rodeado de por si acasos, como todos los militares que han visto morir a gente por no haberlos previsto. Su ficha hablaba de dos incidentes en ejercicios de la OTAN, años atrás, de los que salió con una condecoración y dos compañeros menos. Nunca habló de ello. Los hombres como Henrik no hablan de sus muertos; los llevan encima, como una mochila, y por eso andan siempre un poco inclinados hacia delante.

Aquella carpeta cifrada, con sus dos nombres y sus cientos de mensajes, tenía un destino que ninguno de los dos podíamos imaginar aquella noche.

\* \* \*

Samir rezaba cinco veces al día, y eso en una estación espacial es un problema técnico antes que espiritual.

—La alquibla —me explicó una mañana, mientras desenrollaba una alfombrilla de oración con velcro en las esquinas y la fijaba al suelo del módulo de almacenamiento—. La dirección de La Meca. Aquí arriba La Meca da vueltas, y yo también, así que hay que hacer cálculos. Los sabios de mi país dicen que, cuando no se puede saber, basta con mirar hacia la Tierra. —Señaló la ventanilla, donde el planeta flotaba azul y blanco—. Y cuando tampoco se puede ver la Tierra, dicen que Dios entiende.

—¿Y tú qué dices?

—Yo digo que Dios entiende más cosas que los sabios.

Samir Haddad había nacido en Imbaba, un barrio de El Cairo a orillas del Nilo, hijo de un mecánico de autobuses y de una maestra. Era piloto de pruebas de la Agencia Espacial Egipcia y el mejor que yo vi nunca: tenía esa forma de llevar una nave que no se aprende, que se tiene o no se tiene, como el oído para la música o el valor. Pero no fue eso lo que hizo que le cogiera cariño. Fue su abuela.

Se llamaba Fatma y había muerto cuando él tenía dieciséis años. Era analfabeta, de un pueblo del Alto Egipto, cerca de Luxor, y de niño lo llevaba los viernes, después de la oración, a pasear entre las ruinas de Saqqara, donde un primo suyo trabajaba de guarda. Allí, frente a la pirámide escalonada, le había enseñado una costumbre que Samir conservaba todavía: saludar a los antiguos al llegar y despedirse de ellos al irse.

Le había enseñado también otra costumbre, que Samir no entendió nunca. Cada verano, una noche de primeros de agosto, Fatma hacía una raya con un clavo en el marco de la puerta de la cocina, como la había hecho su madre y la madre de su madre. Desde la presa de Asuán el río ya no crecía, pero ella seguía haciéndolo, porque su madre le había dicho que era la noche en que el río empezaba a subir. Cuando Samir le

preguntó para qué eran las rayas, Fatma le dijo que para no perder la cuenta. ¿La cuenta de qué?, le preguntó él. Eso, le contestó, ya no lo sabía nadie.

—No eran musulmanes —le dije—. Adoraban a otros dioses.

—Mi abuela tampoco sabía leer, y eso no la hacía tonta. —Se encogió de hombros—. Ella decía que eran nuestros abuelos antes que nuestros abuelos. Que habían vivido en la misma tierra, bebido la misma agua y enterrado a sus muertos en la misma arena. Que no habían tenido la suerte de conocer al Profeta, pero que eso no era culpa suya. Que había que tratarlos con respeto, como a los viejos de la familia aunque digan tonterías.

—¿Y tú qué crees?

Samir terminó de fijar la alfombrilla. Se quitó las zapatillas y las sujetó con una cinta a la pared.

—Creo que voy a conocer a mis abuelos de antes de mis abuelos, doctora. Y que no sé si me van a reconocer.

Luego se volvió hacia la ventanilla, hacia aquella Tierra pequeña donde quedaban La Meca y Saqqara, Imbaba y la tumba de su abuela, y empezó a rezar. Yo me fui en silencio. Hay cosas que no se miran aunque se tenga oficio de mirar.

\* \* \*

Con Teo fue durante un simulacro de despresurización, uno de esos ejercicios en los que Henrik apagaba de golpe las luces, disparaba las alarmas y te daba noventa segundos para ponerte el traje de emergencia a oscuras. Yo tardaba ciento diez. A los demás les bastaban sesenta. Aquel día, mientras peleaba con un cierre que no encajaba, con el corazón en la garganta aunque supiera que era un simulacro, noté unas manos que me apartaban las mías y cerraban el traje con dos movimientos secos.

—Respira —dijo Teo—. Despacio. Aquí no se muere nadie hoy.

Cuando se encendieron las luces, la vi a mi lado, con su propio traje cerrado y el casco bajo el brazo. Había terminado en cincuenta segundos y había gastado los otros cuarenta en mí.

—¿No tienes miedo nunca? —le pregunté después, mientras nos quitábamos los trajes.

—¿De qué?

—De esto. De la garganta, del pasado, de que salga mal.

Teo se pasó una mano por el pelo gris, que se le quedaba de punta en ingravidez como un cepillo.

—El miedo es para la gente que tiene algo que perder. Yo ya perdí lo que tenía que perder hace mucho tiempo. —Lo dijo sin drama, como un dato del inventario—. Desde entonces solo me preocupa que no lo pierdan los demás.

No le pregunté qué había perdido. Tardé más de mil años en saberlo, y me lo contó ella cuando quiso, que es como deben contarse esas cosas.

\* \* \*

Esa noche, en mi saco de dormir, hice un ejercicio que hago desde niña cuando no puedo dormir: un inventario. Henrik se jugaba dos hijos que le pedían que volviera. Samir se jugaba el respeto de unos abuelos que quizá no lo reconocerían. Teo se jugaba a los demás, que era lo único que le quedaba. León se jugaba la razón, que para él valía más que la vida.

¿Y yo?

Lo pensé con los ojos abiertos en la oscuridad zumbante del módulo. Mi madre había muerto. Mi padre se había ido cuando yo tenía seis años y no había vuelto a dar señales de vida. Daniel se había llevado sus libros. Tenía colegas, alumnos, una cátedra en la Complutense y un piso con huecos en las estanterías. Si la *Sothis* no volvía, alguien escribiría una necrológica correcta en una revista especializada y, al cabo de un año, ocuparía mi despacho.

No me jugaba nada. Esa era la verdad, y me pareció, aquella noche, una forma de libertad.

No lo era. Era una forma de pobreza. Pero eso solo se aprende cuando uno empieza a tener algo que perder, y a mí me faltaba poco para entenderlo.

# 7

## LAS NOCHES DE UMBRAL

De León no he dicho nada en ese inventario, y no por olvido. A León no lo conocí en la mesa ni en el peligro ni en la espera, sino de noche, que es una cuarta manera de conocer a la gente y la más traicionera de todas, porque de noche todo el mundo se parece un poco a lo que quiere ser.

Empezó con unas bolas de acero.

Eran dos esferas del tamaño de una nuez, sacadas de un rodamiento averiado del gimnasio, y León las tenía flotando delante de la cara en el módulo de instrumentos cuando yo pasé por la escotilla a medianoche, camino de mi saco, con el cuaderno de vocales bajo el brazo. Me llamó sin volverse. Había apagado casi todas las luces y las bolas brillaban bajo la única lámpara encendida como dos planetas pequeños.

—Ven —dijo—. Te voy a enseñar a Novikov.

—Ya me lo explicaste en la cena.

—En la cena te lo expliqué con palabras. Las palabras mienten. Las bolas, no.

Me acerqué. Con la punta del lápiz empujó una de las esferas, que se deslizó por el aire hasta chocar con la otra con un clic diminuto. Las dos se separaron, girando, cada una por su lado.

—Ahora imagina que esta —tocó la segunda— es la misma bola que la primera. La misma. Solo que cinco minutos más vieja. Ha entrado en un agujero de gusano, ha salido cinco minutos antes y ha chocado consigo misma. ¿Qué pasa?

—Que la primera se desvía y ya no entra en el agujero.

—Y si no entra, no puede salir. Y si no sale, no puede chocar. Y si no choca, no se desvía. Y si no se desvía, entra. —Sonrió—. La paradoja del abuelo, con bolas de billar. Eso es lo que nos enseñan en la facultad para asustarnos.

—¿Y qué dice Novikov?

—Que siempre hay otra trayectoria. Que la bola vieja no da de lleno a la joven, sino de refilón. Que la desvía solo un poco, lo justo para que entre en el agujero por otro sitio, salga por otro sitio y la roce exactamente así. Para cualquier tiro que intentes, hay una manera de que todo encaje. Siempre. —Cogió las dos bolas del aire con una mano, sin mirar—. El universo es un jugador de billar que nunca falla.

—Eso lo dice Novikov —dije—. Pero decirlo no es demostrarlo.

Me miró con las cejas levantadas, como mira un profesor al alumno que acaba de pillarle en una simplificación.

—Sigue.

—En la cena hablaste de él como si fuera la ley de la gravedad. Y luego dijiste que la mitad de los físicos piensa que es un parche. Yo me dedico a leer textos que dicen que las cosas pasaron porque lo quisieron los dioses. Sé reconocer una afirmación de fe cuando la veo, aunque venga con ecuaciones. Lo de Novikov es una suposición. Un principio que alguien puso encima de la mesa porque sin él las cuentas se rompían.

León se quedó un momento callado. Luego se rio por lo bajo, y noté que era una risa de placer, no de burla.

—Es una suposición —admitió—. Novikov la propuso a mediados de los ochenta, y nadie la ha demostrado en general. Pero alguien hizo las cuentas en serio. Tres físicos de Caltech, en 1991: Echeverría, Klinkhammer y Thorne. Cogieron una bola de billar ideal y un agujero de gusano ideal y se pusieron a tirarla en todas las direcciones que se les ocurrieron, buscando el tiro que lo rompiera todo. La paradoja. La bola que se impide a sí misma entrar.

—¿Y?

—No lo encontraron. Para cada tiro que probaron había al menos una trayectoria coherente, una en la que la bola vieja golpea a la joven justo como hace falta para convertirse en la bola vieja. Ni una sola para-

doja. —Abrió un poco el puño, soltó una de las esferas y la hizo girar en el aire con la uña—. Pero encontraron otra cosa que me gusta mucho más, y que casi nadie cuenta en las conferencias.

—¿Qué?

—Que para muchos tiros no hay una solución coherente. Hay varias. A veces infinitas. La bola sale con la misma velocidad, por el mismo sitio, y hay dos, tres, mil maneras distintas de que la historia cierre sin contradecirse. Y las ecuaciones no dicen cuál de ellas ocurre. Se callan.

Lo pensé un rato, mirando la bola que giraba entre nosotros.

—Entonces el universo no es un jugador que nunca falla —dije—. Es un jugador que tiene varias jugadas buenas y no nos dice cuál va a elegir.

—O que no elige él. —León me miró, y por primera vez vi en sus ojos algo que no era cálculo—. Eso es lo que me quita el sueño, Inés. No que el pasado sea fijo. Que tenga holgura. Que en esa holgura quepa alguien.

Me quedé mirando la otra bola, la que todavía guardaba en el puño.

—¿Y si la bola no quiere chocar?

León se rio. Fue la primera vez que le oí reírse de verdad, sin la prisa de quien quiere tener razón.

—Las bolas no quieren nada, Inés.

—Las personas sí.

—Por eso Novikov habla de bolas —dijo, y abrió la mano, y la segunda esfera se quedó flotando junto a la primera, las dos girando muy despacio entre nosotros, sin tocarse.

\* \* \*

A la noche siguiente fui yo la que le buscó. Le había prometido, a cambio de las bolas, una clase de jeroglíficos, y León era de los que cobran las promesas.

Aprendía como aprendían los mejores de mis alumnos y como no aprendía casi ninguno: con hambre. En una semana se sabía los signos uniláteros, los veinticuatro que los egipcios usaban como un alfabeto aunque nunca se les ocurrió llamarlo así. En dos, distinguía un determinativo de un fonético. Me hacía preguntas que ningún estudiante me

había hecho nunca, preguntas de ingeniero: por qué el sistema era tan redundante, por qué escribían el mismo sonido tres veces de tres maneras distintas, por qué no simplificaron nunca en tres mil años.

—Porque no buscaban la eficiencia —le dije—. Buscaban que durara. Una inscripción en un templo no se escribía para que se leyera deprisa. Se escribía para que estuviera ahí cuando ya no quedara nadie que supiera leerla.

—Como un mensaje a alguien que todavía no ha nacido.

—Exactamente así.

Se quedó callado un momento, mordiendo el lápiz.

—Escribe mi nombre.

Lo intenté. Le expliqué que no era fácil, porque el egipcio no tenía ele. Que cuando, muchos siglos después, los escribas tuvieron que escribir los nombres de los reyes griegos que gobernaban Egipto, Ptolomeo o Cleopatra, resolvieron el problema con un signo que hasta entonces se leía de otra manera: un león tumbado.

Lo dibujé en su cuaderno, despacio, nombrando cada signo. Primero el león echado, con las patas delanteras extendidas y la cola recogida sobre el lomo: la ele. Después una hoja de junco erguida, la misma que en el nombre de Cleopatra hace de e. Luego un polluelo de codorniz, rechoncho y con las alas cortas, que los egipcios usaban para la u y los escribas de época griega aprovecharon para la o. Y al final una línea quebrada, como una ola pequeña, que es el agua y se lee ene. Un león, un junco, un pollito y un poco de agua: León. Y alrededor de todo, el óvalo de cuerda anudada que los egipcios trazaban en torno a los nombres de los reyes para protegerlos.

León lo miró en silencio.

—Así que mi nombre empieza por mí mismo —dijo.

—Y está dentro de un cartucho. Como un faraón. No te acostumbres.

—¿Por qué el óvalo?

—Porque es la única manera honrada de escribir tu nombre con estos signos. La ele del león la inventaron para los nombres de reyes extranjeros, y esos nombres iban siempre dentro de un cartucho. Fuera de él, tu nombre sería una falta de ortografía. Dentro, es el de un rey. —

Toqué la línea con la punta del lápiz—. Y porque es una cuerda que abraza el nombre. Los egipcios creían que un nombre bien guardado no se borra nunca.

No se rio. Pasó el dedo por el óvalo, muy despacio, como quien pasa el dedo por una cicatriz.

—Házmelo bien —dijo—. Con tinta de verdad. Antes del cruce.

Le dije que sí. Lo apunté en mi cuaderno de hule, en la última página, donde apuntaba las cosas que no quería olvidar. Cumplí la promesa, aunque no como él esperaba. Pero eso vendrá después, y no tardará.

\* \* \*

Aquellas clases se volvieron una costumbre, y las costumbres, a un millón y medio de kilómetros de casa, se vuelven otra cosa.

No voy a hacerme la ingenua contigo, que sabes perfectamente lo que pasó porque te está pasando. Me gustaba León. Me gustaba su manera de pensar en voz alta, de saltar de una idea a otra como quien cruza un río por las piedras, de olvidarse de comer cuando algo le interesaba. Me gustaba que me tomara en serio. Hacía mucho tiempo que nadie me miraba como si lo que yo sabía fuera importante, y más tiempo todavía que nadie me miraba sin más. León hacía las dos cosas a la vez, y yo, que llevaba tres años mirando huecos en una estantería, no supe qué hacer con ninguna de las dos.

Teo se dio cuenta antes que yo, como de casi todo.

—Ese chico te mira como se mira un problema sin resolver —me dijo una mañana, mientras revisábamos juntas los trajes de emergencia.

—León mira así a todo el mundo.

—No. A todo el mundo lo mira como un problema resuelto. —Me pasó un casco—. Contigo todavía no sabe la respuesta. Eso, en un hombre como él, es lo más parecido a enamorarse.

Henrik también se dio cuenta, a su manera. Una noche, al cruzarnos en el módulo de habitación, me retuvo un momento por el brazo.

—No me gustan las parejas en las tripulaciones pequeñas, doctora —dijo, en voz baja, sin rastro de reproche—. Cuando dos se juntan, los otros tres sobran. Y cuando dos se separan, sobran todos.

—No hay ninguna pareja, Henrik.

—Me alegro. —Me soltó el brazo—. Siga así.

Seguí así. No por Henrik, sino por mí. Porque eso era lo que yo hacía con todo lo que me importaba: acercarme hasta ver los detalles y quedarme justo al borde, con los guantes puestos.

\* \* \*

En el segundo mes la Anomalía estuvo a punto de cerrarse.

Fue durante una prueba de ensanchamiento. Los generadores de campo inyectaban energía negativa en la garganta para abrirla un poco más cada semana, y aquella semana, en lugar de abrirse, la garganta se contrajo. Un cuarenta por ciento en seis horas. Las alarmas sonaron en toda la estación. Los técnicos corrían por los módulos como hormigas en un hormiguero pisado. Desde la Tierra llegaban mensajes cada vez más cortos y más secos de los comités, de las agencias, de los gobiernos, hablando de suspender el programa.

León no salió del módulo de instrumentos en cuarenta horas.

Le llevé comida dos veces. La primera vez ni me vio. La segunda, me cogió la bolsa de las manos sin dejar de mirar la pantalla y se la comió entera, a cucharadas rápidas, como un niño, y después se quedó mirándome con los ojos rojos de no dormir.

—Si se cierra —dijo—, nadie la volverá a ver nunca. Habrá existido una puerta al pasado y la humanidad la habrá tenido delante ocho años y no la habrá cruzado por miedo. Por un comité. Por un papel.

—Quizá el comité tenga razón.

—Quizá. —Se frotó la cara con las dos manos—. ¿Sabes lo que no soportaría, Inés? No que fuera peligroso. Todo lo que merece la pena es peligroso. Lo que no soportaría es quedarme el resto de mi vida sabiendo que existía y que no pasé por ella. Llegar a viejo con eso dentro.

Lo dijo con una vehemencia que me asustó un poco. No lo apunté en ningún cuaderno. Debí hacerlo.

La garganta volvió a abrirse al tercer día, sola, sin que nadie supiera por qué, como un párpado que tiembla y vuelve a quedarse quieto. Los comités se calmaron. El programa siguió adelante. Y León, que había pasado casi dos días sin dormir mirando una curva que bajaba, se pasó

los dos meses siguientes mirando otras curvas, y una de ellas, aunque yo entonces no podía saberlo, empezó a subir.

\* \* \*

La noche de la Cúpula fue la última de las clases.

La Cúpula era un módulo pequeño de observación, con siete ventanas de cristal grueso dispuestas en un hemisferio, donde los técnicos iban a fumar cigarrillos electrónicos a escondidas y los científicos iban a mirar la Tierra cuando ya no aguantaban más pantallas. Aquella noche no había nadie. León y yo flotábamos en el centro, con los pies enganchados en unas correas, y la Tierra ocupaba una de las ventanas: pequeña, azul y blanca, con la línea del amanecer cruzándola en diagonal como una herida que cicatriza.

Le había traído un regalo. Un papiro de verdad, de los que se venden a los turistas en El Cairo, que llevaba en mi equipaje desde Madrid porque pesaba poco y no sabía para qué lo quería. Encima, con un pincel de junco y tinta negra, había empezado a escribir su nombre como me lo había pedido. Bien hecho. El león tumbado, el junco, el pollito de codorniz, el agua, el cartucho de cuerda. Lo había dejado a medias porque no me salía la cola del león.

—Está sin terminar —le dije—. Te lo daré antes del cruce. Era para que vieras cómo va a quedar.

Lo cogió con mucho cuidado, por los bordes, como se coge una fotografía antigua. Lo miró contra la luz de la Tierra.

—Inés.

—¿Qué?

No me contestó enseguida. Dejó el papiro flotando entre los dos, sujeto con dos dedos, y me miró a mí en lugar de a la Tierra. Tardó en hablar, y cuando habló, no lo hizo con la prisa de siempre.

—Me gusta cómo miras las cosas. Como si fueran a desaparecer si apartas la vista.

Habría bastado con no moverme. Lo sé. Lo supe entonces. Estaba a un palmo de mí, en una burbuja de cristal colgada en el vacío entre la Tierra y el Sol, y habría bastado con quedarme quieta.

Me solté de las correas y me aparté hacia la ventana.

—Yo miro, León —dije, de espaldas, mirando la Tierra—. Es lo único que sé hacer.

Oí cómo soltaba el aire.

—Ya lo sé —dijo—. Por eso.

No dijimos nada más. Al cabo de un rato oí la escotilla abrirse y cerrarse a mi espalda. Cuando me volví, la Cúpula estaba vacía y el papiro seguía allí, flotando, girando delante de la ventana, con su león sin cola dentro del cartucho.

Lo recogí. Lo guardé en mi cuaderno de hule. Me dije que se lo daría terminado antes del cruce, y que entonces hablaríamos.

No hablamos. Al día siguiente Henrik nos convocó para el simulacro número ciento doce, y León se sentó en su sitio de siempre, y me dio los buenos días como siempre, y fue como si la Cúpula no hubiera existido. Yo también hice como si no hubiera existido. En eso, al menos, estábamos de acuerdo.

Y sin embargo, a partir de aquella noche, cuando León se callaba algo, yo lo notaba. Lo notaba como se nota un escalón que falta en una escalera que se sube a oscuras. Y nunca, ni una sola vez, pregunté qué era. Porque preguntar habría sido acercarme otra vez. Y yo ya había decidido, en una burbuja de cristal frente a la Tierra, que no iba a acercarme a nada.

# 8

## PROTOCOLO

El protocolo de no contacto tenía cuarenta y tres páginas, y Henrik se las sabía de memoria. Yo llegué a sabérmelas también, aunque nunca con la misma devoción. Los civiles leemos las normas para entenderlas; los militares, para cumplirlas. Son dos maneras de leer que no se parecen en nada, y la segunda salva más vidas, aunque la primera escriba mejores libros.

En esencia, el protocolo decía tres cosas. La primera, que la *Sothis* no descendería nunca por debajo de los veinte kilómetros de altitud salvo emergencia declarada por el comandante. La segunda, que todas las maniobras visibles desde el suelo se harían de noche o con el Sol a la espalda, para que el resplandor ocultara la nave a cualquier observador. La tercera, que en caso de contacto accidental con población local la tripulación se retiraría de inmediato, sin comunicarse, sin dejar objetos y sin intervenir en ningún acontecimiento, «cualquiera que sea su naturaleza y gravedad».

Cualquiera que sea su naturaleza y gravedad. Esa frase la había escrito un comité de juristas en Ginebra, en una sala con aire acondicionado y botellas de agua mineral sobre la mesa. Ninguno de ellos había visto arder una aldea. Yo tampoco, todavía. Por eso no me tembló el pulso al poner mi nombre debajo. Es muy fácil prometer que no intervendrás cuando todavía no sabes en qué.

\* \* \*

Los simulacros se hacían en una réplica de la cabina de la *Sotbis* rodeada de pantallas que reproducían el Delta tal como creíamos que había sido cinco mil años atrás: brazos del río que hoy no existen, bosques de papiro de cuatro metros, aldeas de cañas y barro en los altozanos. Yo misma había corregido el modelo durante semanas. Era lo más parecido a viajar al pasado que había hecho en mi vida, y lo hacía sentada en un módulo de aluminio a un millón y medio de kilómetros de casa.

Hicimos cientos. Fallos de motor, de navegación, de comunicaciones. Tormentas de arena, que en el Delta son raras pero no imposibles. Una nube de langostas. Un aterrizaje forzoso en una laguna. Samir los resolvía todos con una calma que exasperaba a los técnicos que diseñaban los escenarios, que se pasaban las noches inventándole desgracias nuevas, empeñados en hacer llorar a un estoico.

Los que no necesitaban manos los resolvía el piloto automático, cuyas trayectorias había ayudado a escribir León, que conocía el programa de vuelo mejor que nadie a bordo y lo repasaba de noche, por gusto, como otros repasan un crucigrama.

En el de la laguna, Henrik nos hizo bajar uno a uno por la escotilla de servicio colgados del equipo de rescate, un rollo de cuerda de escalada y cuatro arneses que viajaban en la bodega y que nadie esperaba abrir, y me enseñó a atarme a la cintura un nudo que no se suelta. Lo repetí veinte veces, hasta hacerlo con los ojos cerrados.

—Mi hijo lo hace más deprisa —me dijo, que en Henrik era casi una broma.

Hasta que encontraron una.

El simulacro empezaba de forma rutinaria: observación nocturna desde veinte kilómetros, cielo despejado, Luna menguante. A los diez minutos, un fallo múltiple en los generadores obligaba a descender. Samir llevó la nave hasta una isla deshabitada del Delta oriental, la posó sobre el limo sin un rasguño y apagó los motores. Henrik dio la orden de reparar y despegar antes del amanecer. Teo se puso a trabajar. León y yo vigilábamos los alrededores con las cámaras térmicas.

A las cuatro y media de la madrugada simulada, en la pantalla de la cámara de babor, apareció una mancha cálida entre los papiros. Pequeña. Inmóvil.

—Henrik —dije.

Era un niño. Un pastor de unos diez años, con un cayado y un perro flaco, que se había acercado a la orilla para ver qué era aquel resplandor dorado que había caído del cielo. Los técnicos lo habían modelado con un cuidado casi cruel: la cara sucia, los pies descalzos, la boca abierta, los ojos muy grandes. No se movía. No huía. Miraba.

—Protocolo tres —dijo Henrik—. Retirada inmediata.

—Los generadores no están listos —dijo Teo—. Si despegamos ahora, con lo que tenemos, no subimos de los mil metros.

—Entonces nos quedamos quietos y no hacemos nada. No hay contacto si no hay interacción.

—Ya hay contacto, comandante —dijo León, en voz baja—. Nos está viendo.

Y entonces el niño hizo algo que no sé si los técnicos habían programado o si fue cosa del algoritmo, que a veces improvisaba. Se arrodilló en el barro, juntó las manos y besó el suelo.

Nadie dijo nada durante un rato. Luego Henrik apagó el simulador sin terminar el ejercicio, cosa que no había hecho nunca, y salió del módulo sin despedirse.

Esa tarde, en la cena, nadie habló del niño, salvo León, que lo hizo cuando Henrik ya se había ido a dormir.

—Si de verdad funciona como dice Novikov —dijo, removiendo con el tenedor una bolsa de arroz que no tenía intención de comerse—, el protocolo da igual. Si nos ven, es porque nos vieron. Si nos adoran, es porque ya nos adoraron. Lo que importa no es si tocamos la historia, sino si la historia ya cuenta con que la toquemos.

—¿Y tú qué crees? —le preguntó Teo.

—Yo creo que estamos jugando a no tocar un cuadro que quizá pintamos nosotros.

Lo dijo como una broma, pero no lo era. Tiempo después, en un taller al pie de una colina, vi a un artesano tallar en una piedra verde un halcón sujetando una cuerda, y me acordé de aquella frase. León se equivocó en muchas cosas. En esa, no.

\* \* \*

Mi propia batalla, durante aquellos meses, fue con el idioma.

Yo leía egipcio antiguo desde los diecinueve años. Podía traducir una estela funeraria en una tarde, un papiro administrativo en una semana, un himno religioso en lo que tardara en entenderlo, que a veces era toda una vida. Conocía sus seiscientos signos más comunes, sus determinativos, su gramática de verbos que cambian de forma según quién hace qué a quién. Había publicado sobre todo ello. Y no sabía decir «agua».

Nadie lo sabía. Ese es el secreto mejor guardado de mi oficio. Los egipcios escribían las consonantes y no las vocales, como siguen haciendo hoy el árabe y el hebreo, de modo que de su lengua conocemos el esqueleto pero no la carne. Lo que los egiptólogos pronunciamos en los congresos es una convención académica, una especie de esperanto de andar por casa en el que se meten vocales «e» donde haga falta para que la palabra se pueda decir. Si un egipcio de la época nos oyera, se reiría. O se asustaría.

Para remediarlo, el proyecto me había asignado a una lingüista de Leiden, la profesora Van der Berg, una mujer de setenta años con voz de fumadora que llevaba media vida reconstruyendo la fonética del egipcio a partir de las pocas pistas que existen: el copto, que es su descendiente tardío y se escribía con vocales; las transcripciones de nombres egipcios en tablillas cuneiformes y en textos griegos; las leyes con las que cambian los sonidos en las lenguas emparentadas. Con todo eso había construido algo parecido a una lengua hablable, y me la enseñaba por videoconferencia, con cinco segundos de retraso, tres horas al día.

—Otra vez —decía, después de cada frase mía—. Suena usted como una turista holandesa en un mercado de Luxor.

—Usted es holandesa.

—Por eso lo sé.

Un día le pedí que me enseñase a decir una frase concreta. No estaba en el protocolo, que prohibía cualquier comunicación, pero me parecía que una persona sensata debía saber decirla por si acaso. «Nosotros no somos dioses.»

Van der Berg se quitó las gafas y me miró un rato largo a través de la pantalla.

—¿Para qué la quiere?

—Por si alguien se arrodilla.

Me la enseñó. Me hizo repetirla doscientas veces. Y al final me advirtió de algo que entonces me pareció una curiosidad de especialista y que hoy no puedo recordar sin que me tiemblen las manos.

—Cuidado con la negación —dijo—. Es muy corta, y si se desplaza la vocal o se come el sonido final, se confunde con otra cosa. Con un demostrativo. Con «este». Dicha deprisa y mal, con su acento, su frase puede significar casi lo contrario de lo que usted quiere.

—¿Y qué significaría?

Van der Berg se encogió de hombros y volvió a ponerse las gafas.

—Algo sobre un dios. Este dios. Practique, doctora. Las lenguas muertas no perdonan, porque no tienen a nadie que las defienda.

Practiqué. Cada noche, antes de dormir, en mi saco pegado a la pared, repetía la frase en voz baja, con la meticulosidad de una alumna aplicada. Nosotros no somos dioses. Nosotros no somos dioses.

La dije una sola vez en mi vida ante quienes debían oírla. Cinco mil años atrás, delante de un rey y de una multitud, con el corazón desbocado y la boca seca de miedo.

# 9

## LA VÍSPERA

La víspera de un viaje así no se parece a nada. No hay maletas que cerrar, porque el equipo personal está limitado a dos kilos y lo revisan tres técnicos con una báscula de precisión. No hay despedidas en el andén, porque el andén está a un millón y medio de kilómetros de cualquiera que pudiera despedirte. Lo que hay es una calma extraña, como la de las tardes de verano antes de una tormenta, en la que todo el mundo hace cosas pequeñas con mucho cuidado para no pensar en la grande.

Yo revisé mi lista de equipo cuatro veces. Ya lo sabes, porque te lo dije al principio y porque fuiste tú. Solo añadí una cosa: unas fotocopias reducidas de la lista de signos de la gramática de Gardiner, viejas y subrayadas, que pesaban doscientos gramos y que el técnico de la báscula me dejó llevar con una mirada de lástima.

Nada más. Cuando lo vi todo junto sobre la litera, sujeto con cintas elásticas, me pareció muy poco para resumir una vida. Lo era. Pero también es verdad que aquella vida, la mía de entonces, no daba para mucho más.

\* \* \*

Teo me encontró así, mirando mis dos kilos de existencia, y se sentó a mi lado, o lo que en ingravidez pasa por sentarse.

—Toma —dijo, y me puso en las manos un cuaderno.

Era un cuaderno de taller, de tapas grises, gastado en las esquinas, con el lomo reforzado con cinta americana. Lo abrí. Estaba lleno de su letra pequeña y apretada, de esquemas de circuitos, de listas de comprobación, de dibujos a lápiz de piezas de la *Sothis* con medidas anotadas al margen. En la primera página había escrito, con rotulador: «Si encuentras esto, devuélvelo a T. Brandt. Recompensa: un flan».

—Es tu cuaderno de mantenimiento.

—Es mi copia de seguridad. Lo llevo siempre encima, pero quiero que sepas dónde está la otra. —Señaló el bolsillo interior de mi mono de vuelo—. Ahí. Si algún día me pasa algo, cualquiera con dos dedos de frente puede arreglar casi cualquier cosa de esta nave con lo que hay escrito aquí.

—No te va a pasar nada.

—Claro que no. —Me dio una palmada en la rodilla—. Por eso te lo doy a ti, que no tienes dos dedos de frente para la mecánica. Así me aseguro de que nunca haga falta.

Se rio y se fue, y yo me quedé con aquel cuaderno gris en las manos. No sabía entonces lo que me estaba dando. Lo sabría muchos siglos después, una noche de viento en una cueva del desierto oriental, con la tinta de sus páginas desvaída y la letra de su dueña convertida en la única voz amiga que me quedaba.

\* \* \*

Henrik grabó su mensaje de aquella noche en el módulo de comunicaciones, como todas las noches. Yo pasé por delante de la escotilla y lo vi de espaldas, con los auriculares puestos, hablando en voz muy baja. Esta vez no me detuve. Hay intimidades que uno no tiene derecho a sorprender dos veces.

Más tarde, en la cena, nos reunió a los cuatro alrededor de la mesa a la que nadie se sentaba y nos miró uno por uno, con aquellos ojos de agua de fiordo.

—Mañana a las seis, hora de la estación, embarcamos. A las siete, cruce. Cuarenta y un segundos. Tres semanas de observación. Cuarenta y un segundos más. Y a casa. —Hizo una pausa—. Quiero que sepáis

una cosa. He volado con mucha gente en mi vida. Con algunos volvería a volar. Con otros no volvería ni a cruzar la calle. Con vosotros, sí.

No era un hombre de discursos, y aquello fue lo más largo que le oí decir nunca fuera de una emergencia. Samir bajó la cabeza. Teo se secó los ojos con el dorso de la mano y dijo que era el aire seco de la estación. León miró su bolsa de comida.

Yo miré a León.

\* \* \*

No podía dormir. Nadie podía dormir, supongo, pero yo fui la única que salió de su saco a vagar por los módulos a las tres de la madrugada, con el cuaderno de Teo en el bolsillo y un papiro enrollado en la mano. Lo había terminado aquella tarde, a escondidas en mi litera, con tinta de verdad y un pincel de junco que me había traído de Madrid sin saber para qué: un cartucho con su nombre, el león delante, esta vez con la cola entera. «Antes del cruce», me había pedido. Faltaban cuatro horas, y yo había descubierto que no quería dárselo delante de nadie.

Había luz en el módulo de instrumentos.

León estaba allí, como la primera vez que lo vi, rodeado de pantallas y con el lápiz entre los dientes. Pero no flotaba con aquella soltura de bailarín: estaba encogido, con las piernas recogidas contra el pecho y una tableta apoyada en las rodillas, mirando una curva que subía por la pantalla como la ladera de una montaña. Tenía los ojos enrojecidos. No me oyó entrar.

—¿Problemas? —pregunté.

Dio un respingo. Apagó la tableta con un gesto demasiado rápido, el gesto de un niño al que pillan con la mano en el bote de las galletas, y se quitó el lápiz de la boca.

—Redondeos —dijo—. Manías de físico. Repasamos las cosas mil veces aunque sepamos que están bien.

—¿Y están bien?

Me miró. Fue una mirada larga, extraña, en la que había algo que entonces no supe leer y que hoy leería sin esfuerzo, porque lo he visto después en muchas caras: la de un hombre que está a punto de confesar y decide no hacerlo. El miedo y el orgullo pelean dentro de esas caras

como dos perros en un saco, y casi siempre gana el orgullo, porque el orgullo tiene mejores argumentos.

—Están bien —dijo—. Vete a dormir, Inés. Mañana hacemos historia.

Yo no dije nada. Dejé el papiro sobre la consola, junto a la tableta apagada, y él lo miró sin tocarlo, como se mira algo que puede romperse o que puede romperte a ti. «Con tinta de verdad», dije. Él asintió. No lo desenrolló delante de mí, y yo le agradecí eso más que cualquier palabra. Luego me fui a dormir.

Esto es lo que quiero que entiendas, tú que vas a vivir esa noche dentro de unas horas. No pregunté más. Vi el gesto, vi la tableta apagada a destiempo, vi los ojos enrojecidos, y lo apunté todo en mi cabeza con la misma pulcritud con que apuntaba los detalles de una estela. Y no hice nada. Porque no era asunto mío; porque León sabía de física y yo no; porque preguntar habría sido meterme donde no me llamaban, y yo llevaba toda la vida sin meterme donde no me llamaban, con guantes y con brocha, para no romper nada.

Si hubiera insistido aquella noche, quizá León habría hablado. Quizá Henrik habría suspendido el cruce. Quizá nada de lo que voy a contarte habría ocurrido.

O quizá sí. Ahora sé que sí, que habría ocurrido de todas formas, porque ya había ocurrido, porque el universo no admite contradicciones y la historia ya contaba con mi silencio como cuenta con cada piedra de cada pirámide. Novikov me absuelve. Lo malo es que no me consuela.

Porque una cosa es que el resultado esté escrito, y otra muy distinta es haber elegido la cobardía cómoda de no preguntar. Lo primero es física. Lo segundo fui yo.

\* \* \*

A las seis de la mañana embarcamos. A las seis y cuarenta y cinco, Henrik cerró la escotilla de la *Sothis* desde dentro y comprobó el cierre dos veces con la palma de la mano, como hacía siempre. Por la ventanilla de babor se veía la Tierra, pequeña y azul, entera, iluminada de frente por

el Sol, como se la ve siempre desde allí, con su capa de nubes y, debajo, ocho mil millones de personas que no sabían que existíamos.

Fue la última vez que la vi así. Con gente.

# 10

## EL SEGUNDO SOL

Ya te he contado los cuarenta y un segundos. No voy a repetirlos: hay cosas que se cuentan una vez y basta, porque contarlas dos veces es empezar a creer que se entienden. Te contaré lo que vino después. Lo que vimos desde dentro, y lo que, como supe con el tiempo, vieron desde fuera.

La otra boca de la garganta estaba en órbita baja, a trescientos kilómetros de altura, sobre el Mediterráneo oriental. La salida estaba calculada para dejarnos allí, en una órbita estable, desde donde observaríamos durante tres semanas el Delta y el valle con la discreción de un astrónomo que mira por la ventana del vecino. Pero el colapso de la garganta no nos dejó salir: nos escupió. La onda de energía que destruyó el túnel nos empujó como empuja una ola a una barca, y cuando Samir recuperó el control parcial de la nave estábamos ya por debajo de la velocidad orbital, cayendo hacia la atmósfera en una trayectoria que ninguna simulación había previsto.

—Reentrada en noventa segundos —dijo Samir. Su voz no había cambiado. Después supe que eso es lo que distingue a los buenos pilotos de los demás: no que no tengan miedo, sino que el miedo no les llega a la voz—. Necesito el escudo térmico delante. Teo, radiadores.

—Plegados. Bloqueados. —Teo tecleaba con una mano y con la otra sujetaba algo que yo no veía—. El bus de potencia tres está en cortocircuito. Si lo aíslas, pierdo los propulsores de babor.

—Aíslalo.

—Henrik...

—Haz lo que dice el piloto —dijo Henrik—. A partir de ahora, la nave es suya.

Esa frase también la recuerdo. En todos los años que conocí a Henrik Aas, solo le vi ceder el mando dos veces, y las dos a Samir; aquella fue la primera, y lo hizo sin dudar un segundo, porque sabía que un comandante que no sabe cuándo dejar de mandar es solo un hombre con galones.

\* \* \*

No hay manera de describir una reentrada desde dentro de una nave que no estaba pensada para hacerla así. Te diré lo que sentí, que es lo único que puedo decirte con verdad.

Primero, el peso. Después de cuatro meses en ingravidez, la gravedad volvió como vuelve un acreedor: de golpe y con intereses. Me aplastó contra el asiento, me hundió las costillas, me empujó los ojos hacia el fondo de las cuencas. Cuatro ges. Cinco. Seis. Oí a alguien gemir y tardé en darme cuenta de que era yo.

Después, el ruido. Un rugido creciente, sordo al principio y luego ensordecedor, como si la nave entera fuera una campana y alguien la golpeará desde fuera con un martillo del tamaño del cielo. Y por la ventanilla, el fuego. Un resplandor naranja que se volvió amarillo y luego blanco, plasma de aire comprimido ardiendo contra el escudo, envolviéndonos como una mortaja de luz.

Pensé, con esa lucidez absurda que llega en los peores momentos, que la lámina dorada se estaría fundiendo. Que la carne de oro de los dioses se derrite cuando bajan a la tierra. Me eché a reír. Era una risa histérica, sin aire, que nadie oyó porque el rugido se lo tragaba todo.

—Velocidad bajando —dijo Samir, a lo lejos—. Mach doce. Mach diez. Ocho.

Y luego, de repente, el fuego se apagó, y por la ventanilla apareció el mundo.

\* \* \*

Estábamos a treinta kilómetros de altura y amanecía.

El Sol asomaba por el este, a nuestra espalda, sobre los desiertos de lo que algún día sería el Sinaí, y su luz rasante caía sobre el Delta como la que usamos los arqueólogos para leer una estela gastada: de golpe, lo que parecía una superficie lisa se llenó de relieves. Abajo se extendía un mundo verde y plata, cuajado de canales que brillaban como hilos de mercurio, de lagunas inmensas cubiertas de neblina, de islas oscuras de papiro y tamariscos. No había carreteras. No había ciudades. Aquí y allá, en los altozanos, columnas finas de humo azul señalaban aldeas donde alguien estaba encendiendo el fuego del desayuno.

Alguien. Personas. Gente de carne y hueso que se levantaba al alba, como yo me había levantado tantas veces, para empezar un día cualquiera. Llevaban cinco mil años muertas y estaban vivas. Por primera vez en mi vida entendí, con el estómago y no con la cabeza, lo que significa la palabra «pasado»: no un lugar al que se va, sino un lugar en el que otros viven sin saber que lo es.

—No tengo propulsión principal —dijo Samir—. Tengo las dos toberas de estribor. Voy a planear todo lo que pueda y a frenar al final.

—¿Planear con qué? —dijo León—. Esto es un disco, no un avión.

—Un disco con dos alas plegadas. —Samir no apartó la vista de los instrumentos—. Teo, despliega los radiadores. A media extensión. Necesito superficie.

—No están hechos para eso. A esta velocidad los vas a arrancar.

—Entonces los arranco. A media extensión, Teo, por favor.

Teo lo hizo. Sentí el tirón en todo el cuerpo cuando los paneles se abrieron contra el viento, un crujido metálico que me puso los pelos de punta, y luego, de pronto, una estabilidad que no habíamos tenido desde que salimos de la garganta. La *Sothis* dejó de caer como una piedra y empezó a deslizarse, inclinada, en una curva larga y descendente sobre las lagunas, con el sol naciente a la espalda y las dos alas abiertas.

Así nos vieron. Lo supe después, por boca de quien lo vio, y lo he leído muchas veces en piedras y papiros escritos por gente que no lo vio pero creía saberlo: un resplandor de fuego que nació en el cielo del amanecer, junto al sol, como si el sol hubiera tenido un hermano; un trueno que no terminaba; y luego, cuando el fuego se apagó, un ave de oro con

las alas extendidas que bajaba del sol sin moverlas, girando despacio sobre las aguas.

Un halcón. Para un pescador del Delta, en el año 3100 antes de Cristo, ¿qué otra cosa podía ser?

\* \* \*

Samir nos posó en una isla. No sé cómo lo hizo y él tampoco lo supo nunca explicar del todo. Eligió una lengua de tierra negra entre dos brazos del río, la única en kilómetros que no estaba cubierta de papiro de cuatro metros de alto, y a doscientos metros de altura encendió las dos toberas de estribor en un frenazo que nos aplastó otra vez contra los asientos. El chorro de los motores barrió el agua de la orilla y la convirtió en una nube de vapor. Los papiros del borde se incendiaron. La nave se inclinó a babor, porque le faltaban los propulsores de ese lado, y Samir la sostuvo con los de maniobra durante tres segundos eternos, hablando entre dientes en árabe, hasta que las patas tocaron el limo y se hundieron en él con un chasquido húmedo.

Silencio.

Un silencio tan grande, después de aquel rugido, que me zumbaban los oídos. Solo se oía el tic-tac del metal enfriándose y, fuera, muy lejos, un ruido que tardé en reconocer porque nunca lo había oído así, tan limpio, tan abundante: pájaros. Miles de pájaros levantándose de las lagunas, espantados, gritando.

—Estado —dijo Henrik. Ya no gritaba.

—Vivos —dijo Teo—. Todos. No me preguntes cómo.

Samir soltó los mandos. Le temblaban las manos, y era la primera vez que se las veía temblar. Henrik le puso una mano en el hombro.

\* \* \*

La temperatura de la cabina subía. El sistema de refrigeración estaba dañado y el casco, todavía caliente por la reentrada, irradiaba hacia dentro como un horno. A los diez minutos estábamos a cuarenta y cinco grados.

—Hay que abrir —dijo Teo—. Si no, nos cocemos.

—El protocolo... —empezó León.

—El protocolo se escribió para una nave en órbita. —Henrik se soltó el arnés—. Abrimos la escotilla principal, la de estribor, la que da al papiro. Dos minutos. Ventilamos y cerramos.

Yo estaba más cerca. Fui yo quien giró la manivela, quien empujó la escotilla con el hombro hasta que cedió con un siseo y quien recibió, la primera, el aire del pasado en la cara.

No lo olvidaré nunca. Olía a barro y a agua estancada, a humo de papiro quemado, a pescado, a flores que no conocía, a estiércol de algún animal grande, a sol. Era un aire espeso, húmedo, vivo, que se te metía en los pulmones como una mano. Después de cuatro meses de aire filtrado y reciclado, me mareó. Me agarré al marco de la escotilla y respiré, respiré como si nunca lo hubiera hecho, y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, y no sé si era el humo o era otra cosa.

Entonces los vi.

Al otro lado del brazo del río, a unos cien metros, entre la neblina que el sol empezaba a disolver, había tres barcas de papiro. Eran largas y estrechas, con la proa y la popa curvadas hacia arriba, como las que yo había dibujado tantas veces en mis cuadernos de estudiante a partir de las barcas pintadas en las vasijas de Nagada. En cada una había dos o tres hombres, de pie, con pértigas y redes. No se movían. Ni remaban, ni huían, ni gritaban. Miraban.

En la proa de la barca más cercana había un muchacho. No tendría más de doce o trece años, delgado, con el pelo cortado muy corto, un tarrabos de lino y un collar de cuentas azules. Tenía la boca abierta. Tenía los ojos muy grandes. Y nos miraba, a la nave y a mí, con una expresión que reconocí en el acto porque la había visto en un simulador, en la cara de un niño pastor diseñado por técnicos crueles.

No era miedo. Era otra cosa, más antigua que el miedo y más peligrosa.

—Henrik —dije, sin apartar la vista—. Nos están mirando.

Oí a Henrik acercarse por detrás. Le oí respirar. Le oí, durante un segundo larguísimo, no decir nada.

En la barca, el muchacho dejó caer su pértiga al agua. Después, como quien hace algo que le han enseñado desde siempre y que nunca ha teni-

do ocasión de hacer, se arrodilló en el fondo de la barca y apoyó la frente en las cañas.

Se llamaba Nebka, aunque tardé todavía unos días en saberlo. Y aquel gesto suyo, una frente de muchacho contra el papiro mojado, fue la primera piedra de algo que iba a durar cinco mil años.

Así empezó.

AQUÍ TERMINA LA MUESTRA

La historia sigue en *Horus*.

*Horus* sale a la venta el 18 de diciembre de 2026, en papel y en ebook.

Te avisaré por correo en cuanto abra la preventa.

[santiagotamayo.es](http://santiagotamayo.es)